



mata el caracol

Milagros Mata Gil

mata el caracol

Novela

Milagros Mata Gil

*¿Quién es éste que cuenta de memoria mi vida
tan bien que hasta lo escucho y río de dolor
como si fuera ajeno...? Hace tiempo estoy muerto*

Eminescu: MELANCOLIA

PRIMERA PARTE

PATRIA

Tres navíos se hunden donde el sol se oculta

CUADERNOS DE LA DISOLUCION

Siempre hay algún muerto en esta calle. Siempre hay alguien que agoniza: que si a Felipa la malograron de un mal parto. Que si a Evaristo se le reventó un coágulo de sangre en la cabeza, y no duró dos días. Que si a doña Delfina la mataron a fuerza de velas y alfileres. Que si mi tío Manuel se murió con rigor de asma porque no quiso dejar de fumar. Que si don Telésforo tiene un tumor en la próstata. Que si doña Juanita se murió de una embolia por bañarse después de comer. Que si doña Ismenia se envenenó con vapor de azufre por andar practicando ritos diabólicos. Que si el Macarro Pulido se estrelló en el carro contra un poste. Que si como venía con otra mujer, Loína, la esposa, se quiso matar con matabachacos.

Evoco rostros conocidos. Invento los desconocidos. Siento en el aire el paso de los entierros. La piel se me va frunciendo de tantos lamentos, de tantos lloros, de tanto aire de muerte. El don dice: **Betty**, y me rescata con su voz. Me dice: **Betty, tráeme agua, tráeme café, abre la ventana, cuéntame qué ha pasado, quiénes son los últimos que han muerto** El don dice: **Betty, mijita, ¿tú no puedes traerme un doctor para que me cure la vejez? ¿No puedes traerme un doctor que me opere los ojos y me haga ver otra vez? ¿Uno que me componga las piernas y me haga caminar? Yo puedo conseguir la plata que se necesite, sacarla de la caja de hierro, decirle a Leticia y a Isabel que vendan alguna de las casas. Tú sabes que puedo**, dice.

Temo el día en que lo encuentre muerto y deba cerrarle los ojos, llamar a la policía, a la ambulancia, a la funeraria, vestirlo con el traje de casimir azul marino, con la camisa blanca de seda y la corbata de rayas grises y azules, y el sombrero gris que les tengo listos, para que luzca presentable el día de su última aparición pública, exhibiéndose a través del vidrio que tape la caja.

Temo el vacío de mis días *cuando él se vaya*. Tal vez mi tía Leticia llorará, recordando tiempos felices. Seguramente Isabel registrará una vez más sus papeles y sus cosas, tratando de hallar algo de lo que no se hubiera apropiado. Y tal vez ese día regresarán LOS OTROS: vendrán con papeles y leyes a pedir cuentas de una herencia que hace tiempo no existe, de una riqueza que fue dilapidada en la inútil búsqueda de destinos anunciados por la baraja, de caminos que condujeran a ese espacio de felicidad que Isabel no ha podido visitar jamás. Y ella se convertirá en una fiera: ampolla ardiente de odio: les echará en cara su larga huída y su abandono: *¿quién vio por él, sino yo?*, dirá,

¿quién atendió sus necesidades y sus últimos deseos? ¿quién recogió de sus labios el último aliento? dirá, y los hará sentirse despreciables: ella, la enlutada, casi desmayándose bajo el sol, en el borde mismo de la fosa, los hará replegarse, huir a fuerza de ramalazos de ira: tocará sus años de alejamiento y de olvido: sus remordimientos soterrados, para descalificar sus pretensiones y mantenerlos a raya: lejos de su histeria y su avaricia.

Eso, si vienen. Porque quizá no vendrán, ni siquiera se enterarán de esa muerte y de la terminación que ella certifica.

¿Regresará ese día Eloísa?

MATA EL CARACOL

y en verdad ¿qué ganaría yo transformando esta cuenta pendiente en un tema literario? ¿Por qué tendría que explorar y exhibir tu decrepitud, el desmoronamiento de la orgullosa construcción que fue tu cuerpo, la desintegración lenta y fatal de todo lo que nos rodea, como no fuera en tanto que excusa para volver a los orígenes: es decir, al germen de mi propia vida, y así obviar los segmentos de lo que será mi vejez?

*Ah, sí: para eso podría utilizar la palabra, padre, y ahora comprendo tus delirantes, interminables monólogos: el encierro verbal, el hechizo, los mil pliegues destinados a la acumulación de evocaciones y reflexiones, cuyo espesor indica las vertiginosas fluencias de un tiempo que se encierra, se desenrolla a partir de un centro, se abre en placas superpuestas, máscaras sucesivas: caracol. Es el síndrome del **travestido**, padre, magnificado como variación sobre el tema del hombre: el que murió en una llanura helada cazando un mamut, el que levantó con fiereza la espada contra un enemigo, el que cruzó el mar para saquear las islas, el chulo de una puta caribeña: todos mera variación, padre, hasta llegar al momento en que somos tú, otros, Betty, o yo.*

Siento que ha llegado el momento de hablarte, de contarte, de preguntarte. Y te confieso que no sé cómo empezar el asunto sin convertirlo en un recordatorio de fantasmas familiares, en una letanía de deudas por cobrar.

He descubierto que muchos andan tocados por la misma incertidumbre que hoy me abruma: desde Jesús El Cristo hasta Telémaco, desde Shakespeare hasta Stephen Dedalus: todos buscan la línea paterna, el hilo de la línea paterna: el sendero de la estirpe.

*Luego, paseando en mis recuerdos por la plaza Hidalgo de Coyoacán, el 17 de marzo de 1987, a las nueve de la mañana (el sol reflejándose en la nieve de los volcanes, e irradiando hacia un espacio desusadamente limpio) comencé a darle forma a este diálogo que dará vueltas en torno a un centro X desde mis perspectivas A, B, C y D: Protagonista, Deuteragonista, Tritagonista y Coro. Voces que enloquecerán y marcarán el ritmo del tiempo, **mi querido viejo**, como cantaba Piero desde los días ya lejanos en que la nostalgia ensombrecía mis tardes de estudiante de clase media baja en la oscuridad que de por sí tenía la quinta-pensión de El Paraíso, regentada por una tal señora Hilda, que vivía desvariando, llorando perennemente a su hija muerta, mientras yo te recordaba, padre, y te quería mucho, o quería quererte, o lo provocaba para sufrir más, pues todo eso es posible, y tú lo sabes.*

Y ahora te evoco fluctuando entre esos dos polos que matizan tus imágenes: uno en el que estás muerto, y otro en el que aún no has nacido. Y fíjate que sigo recordando a Piero: yo lo miro desde lejos -cantaba- pero somos tan distintos: es que él creció con el siglo: con tranvía y vino tintooooo-ó: viejo, mi querido viejo... Y todavía este diálogo entre tú y yo es una Ecuación de Segundo Grado con dos incógnitas. Se me va soltando el diálogo suavemente -lo quiero imaginar así- con interpretaciones ontológicas y epistemológicas, con elementos de crítica estructuralista y post-estructuralista, con el aliento de quien siente que el tiempo de la vida (y de la cordura) se le acaba, padre, gritándote de esta manera para que entiendas lo que sea, padre, para que me escuches como la sirena de un barco que suena y suena y sigue sonando porque le urge continuar la marcha y hay algo que se lo impide.

A bordo estás tú.

Seguramente piensas y repiensas en la Ley Eterna que es la búsqueda del padre: en la necesidad cósmica que nos consagra bajo el mismo signo y que se concentra en la historia de La Sagrada Familia: pesadilla de la que no se puede despertar.

Y, de todos modos, no nos conocimos. Pienso en los días en que nos hallamos un instante dentro de un círculo de irritada intimidad. Siempre nos dejamos sin despedirnos, sin contricciones ni excusas. Nos hemos esperado en los recodos, como bestias cautas, para sostener con fatiga nuestro papel de extraños, padre: huraños y altisonantes. Las pausas insuperables decían, en nuestras conversaciones, de una esperanza amarga que no cedió a pesar de nuestros abandonos: faltó siempre algo.

CUADERNOS DE LA DISOLUCION

LA CASA se desmorona. Hierve la destrucción. Crujido de madera podrida. Techo lleno de goteras. Opacidad de las ventanas empolvadas. Cables desprendidos por los que transitan las ratas. Maleza que crece belicosa en jardines que hace tiempo perdieron la frescura. Rejas de acceso oxidadas y desgonzadas. Humedad de las tuberías rotas. Multiplicación de los hongos verdosos. Puertas cerradas.

En medio de todo ese desastre cotidiano

[muebles mutilados artefactos dañados para siempre luz titilante del televisor encendido para nadie/ olor de café mezclándose con los olores del polvo y la vejez]

están:

- 1.- *El anciano demente*, exiliado en el cuarto de los trastes;
- 2.- *La anciana*, que arrastra su figura gris por los rincones, repitiendo con amargura el inventario de sus ilusiones hechas añicos;
- 3.- *La mujer*, que barre la acera espantando con la escoba las huellas de los muertos familiares, ella misma muerta, ablandada en el caldo de sus amarguras, propiciadas por la pérdida de los sueños encontrados en la baraja,
- 4.- *Y los niños*, que miran hacia la calle, aferrados a las rejas.

EL ARTE DE ENMASCARARSE

*Hay un lugar en el tiempo que se llama pasado y hubo un hombre en el mundo que se llamó **yo mismo**, dijo EL POETA/ Y un pájaro cae en un campo de pinceladas verdes/ No sé qué hora es ¿Qué hora es?/*

Esta tiniebla me fue otorgada para poder cambiar el decorado/ No importa la hora/ Debo esperar/ Oigo cómo enrollan las lonas, cómo trasladan al rincón los grandes bosques, cómo desmontan la CASA y condenan el pozo del brocal de piedra/

No puedo ver la cara de los que lo hacen/ Espero/

Al fin y al cabo, la Esperanza es lo último que se pierde, como diría algún filósofo barato/

Espero/

Esperanza era una mujer gorda y blanca que yo tenía en otros tiempos/ Tenía bigotes, Esperanza/ Pasamos años juntos en visitas regulares/ Un día la vi sin maquillaje y desnuda, bajo el crudo sol de nueve de la mañana/ Tenía unos vellos duros en el mentón/ Los bigotes comenzaban a encanecer y el cabello pintado de amarillo enseñaba raíces negras, blancas y rojas/ Tenía arrugas bajo los ojos y alrededor de la boca/ Tenías las tetas caídas, los músculos del vientre flácidos/ Tenía un aire de tristeza, de cosa ida, que me dio dolor/ no volví porque no quería ver el reflejo de mi propia vejez/

Después de eso, el mundo se me fue convirtiendo en algo huidizo/ Ya no recuerdo exactamente el proceso, como no recuerdo los rostros/ Sé que un día sufrí una caída, que estuve muchos días en el hospital, y luego encerrado en la habitación calurosa, sintiendo el crujido del zinc bajo el sol/ Ya no recuerdo/ A veces, viene alguno por ahí

y no puedo

no sé

no descifro los signos/

Escucho los pasos, las palabras/

En la soledad a que me condenan, en la inexistencia a que me condenan, busco la reunión conmigo mismo: el punto que me devuelva al principio/

Como en un disco: al primer surco/ Mi vida es como un desfile muy largo de espectros/

(¿Tú crees, Bollo, que a mí esas cosas no me importan?)

Recuerdo cuando cumplí nueve años: era el día de San Francisco y la gente llegaba en romería a la iglesia, cargando con sus animales para que los bendijeran/ Ese día, mi hermano Ernesto y yo fuimos solos a la playa por primera vez y construimos un castillo de arena. A veces sueño con ese castillo/ El viento que venía del mar ondula y se desliza dentro de mi corazón/ ¿por qué dirán que el mar es el morir?

Yo quisiera volver a ver el mar, volver con mi hermano Ernesto, que se fue por el mar.

CUADERNOS DE LA DISOLUCION

A veces creo que no está ciego, ni loco. A veces parece que me mira con una luz maliciosa y yo me quedo alhelada, mirando esos ojos de un verde grisáceo: esos mares circundados por una áspera vegetación blanca y erizada que crece en las riberas rojas. Esos mares cubiertos por líquenes y algas antiquísimas que sobrenadan la superficie y relucen con un brillo que sale desde lo profundo. A veces pienso que espera que uno por uno vayamos sucumbiendo. Que al final sólo él quedará, sentado sobre sus mugres, presidiendo la casa solitaria y completamente suya, expandiéndose, para impregnar de sus emanaciones la ciudad entera. A veces pienso que él toma su vida de nosotros. Que somos proveedores de su inmortalidad y que algún día no seremos más mientras él se elevará triunfante sobre nuestros esqueletos que ya serán polvo: un polvo blanco y delicado que se irá yendo con la brisa.

Hay días en los que me insulta ferozmente. Otros, me cuenta de fulgurantes tiempos, hermosos y felices. Quisiera irme, escapar de su dominio, pero lo veo desamparado, temblequeante, débil y ciego, como un recién nacido. Cuando le digo que quizá alguna vez me vaya, estalla en furibundos ataques de risa, y termina llorando, derramándose en un llanto desesperado, quebrándose sobre sí mismo en medio de los sollozos, rogándome que no lo abandone.

Yo lo tapo por las noches con sábanas que sé amanecerán empapadas de orine. Limpio sus excrementos. Le doy de comer las tres veces cotidianas. Le sirvo café y agua cada vez que lo pide. Puedo cargarlo de un solo impulso. Lo cargo como si fuera un gran bebé, arrugado y pestilente. Lo llevo a tomar el sol en su silla de mimbre. Lo baño una vez a la semana en el estanque bajo los guayabos. Lo afeito, le corto los pelos de la nariz, las uñas. Le curo los sabañones de la espalda. Le sacudo el colchón, le limpio los restos de comida para que no se convierta en criadero de gusanos y fumigo el cuarto con baigón y kerosene para defenderlo de la invasión de los insectos. Yo velo su sueño y le hablo de las cosas que le gustan, para mantenerlo vivo.

Y, sin embargo, sé que en su cuarto viven apretujados fantasmas que pueden destruirnos o darnos la vida. Por eso cierro la puerta con tres cerrojos de hierro, y tapo los resquicios. Para que nada de eso se filtre al espacio donde estamos nosotros, y nos contamine.

EL ARTE DE ENMASCARARSE

Pobrecita Betty: es la única que se ocupa de mí. La única que está pendiente/ En estos días, con la humedad de las lluvias, he estado adolorido y ella me ha friccionado con aceite alcanforado, con creolina y bálsamo de eucalipto, con ron de culebra morrona y mentol del Indio, con bálsamo Alesida y kerosene/ Me ha dado pastillas de Ticinil y aspirinas/ Me ha friccionado los hombros, las caderas y las rodillas, que son los sitios que más me duelen/

-¿Tú crees, Betty, que a mí no me da pena molestarte tanto? ¿Que no me da pena que seas tú la que tenga que acarrear con esta miseria que ahora soy, después de haber sido el que yo era? ¿Tú crees que a mí no me da dolor que una niña como tú sea la que?

Pero ahora La Vieja está entrando/ Trae la bandeja con café caliente/

Digo buenos días en voz alta y me responde con un gruñido/

La Vieja arrastra la mesita, pone a mi alcance la escudilla con avena, el pan enmantequillado y el pocillo con café/ El niño, oloroso a lágrimas, a leche, a sudor, a orines/ Gimotea pegado a sus faldas/ Ninguno de ellos me toma en cuenta/ Hablan entre sí de sus cosas y me atienden como se atiende a un animal/ Yo no sé, Leticia, por qué tú has cambiado tanto, le digo.

Entonces, ellos se van.

MATA EL CARACOL

¿Cuándo dejaré de buscar la casa inencontrable
donde respira esa flor de lava
donde nacen las tormentas?

Siempre tuviste miedo, padre, de la anciana pordiosera que se sentaba a la puerta de la iglesia de San Juan Bautista. De sus ojos penetrantes de ave de rapiña, de sus manos engarfiadas por la artritis. Siempre nos contabas cosas sobre ella, con un soterrado estremecimiento que no dejábamos de percibir. Tengo la imagen de la mujer: la cabeza cubierta con un manto negro, quieta, sin pedir, sin decir nada. Sólo mirando. Las palomas picoteando a su alrededor, aceptándola como parte del paisaje.

Por la plaza pasaba mucha gente: había heladeros, vendedores de globos de colores, de dulces, palomitas de maíz, de refrescos, que empujaban con sus bicicletas las enormes vitrinas donde exhibían la mercancía, protegiéndola a la vez del polvo y de los insectos. Había también limpiabotas y escolares con sus guardapolvos immaculados, y señores muy serios que iban rumbo a sus asuntos, y señoras con grandes cestas llenas de los productos del mercado, o que entraban a la iglesia, envueltas en sus mantillas de encaje.

Era una plaza grande, pavimentada con adoquines rústicos. En el centro había una especie de monolito, elevado sobre un pedestal. Alguna vez, ese monolito había sido una cruz, pero se le cayeron los brazos en un temblor de tierra y nunca se preocuparon de restaurarla. Al lado de la iglesia, que era muy hermosa, con sus bloques labrados y sus tres naves decoradas con murales e imágenes de madera sobredorada, quedaba el cementerio, que era como un jardín con muros blancos y rejas forjadas en delicado estilo. En el cementerio había cruces y ángeles y personajes en posiciones de oración y duelo, todos hechos de mármol. Y había numerosos arcos de trinitarias y paseos de jacarandas, alelís, hibiscos, malabares y rosales, amorosamente cuidados.

Una vez al año, tu padre los mandaba a vestir de gala, e iban todos en romería a visitar el panteón familiar. Allí permanecían largo rato, pensando en no sé qué, y rezando.

*En ese día que hoy evoco, se te ha impuesto la misma obligación, que no te agrada, aunque esta vez es distinto. De tu casa sale el cortejo presidido por la alta cruz plateada que porta el monaguillo principal. Otros dos monaguillos lo siguen, agitando los incensarios. Detrás desfilan el cura, las rezanderas y Rubén El Gallinazo, quien tiene hecha promesa de cargar los catafalcos de madera en todos los entierros por no se sabe qué gracia le concedieron las Animas. Después va el ataúd en hombros de familiares y amigos y lo siguen los dolientes. Va el cortejo por las calles y la gente que está en los umbrales se persigna, se quita el sombrero respetuosamente, los comercios van cerrando sus puertas, el pueblo entero se detiene brevemente: **Ha muerto don Francisco Ha muerto don Francisco Ha muerto don Francisco**. El rumor de las oraciones y los pésames se extiende en el aire.*

*En otro cuadro, tú y tus hermanos están parados en la orilla de la fosa. También está tu madre, desfalleciente, sostenida por June. Tu madre llora y suspira, vestida toda de negro, cubierta de la cabeza a los pies con un velo negro. El señor Villegas, tu padrino, dice la despedida al amigo, y el cura habla después sobre la muerte como camino hacia la resurrección. Un ángel de piedra deja caer su sombra sobre la fosa. Tiene el brazo alzado, la mano abierta. El sol del mediodía asoma de cuando en cuando entre las nubes que cubren el cielo. Tu hermana Anateresa lleva una cesta llena de flores, y de ella la gente toma ramilletes para lanzarlos sobre el ataúd mientras lo van bajando, amarrado con las cuerdas de sisal. Tu madre se inclina y lanza un puñado de tierra. Todos hacen lo mismo. Lanzan tierra y más tierra a la caja, que ya están cubriendo los paleadores. Todo se acaba. **Now it's ended**, como dijo tu madre después que se fue de la casa el último visitante y ella pudo quitarse el velo, los zapatos, desplomarse en uno de los sillones del corredor y pedir que le trajeran el té.*

Todavía olía a velas consumiéndose y a flores en vías de putrefacción. Todavía humeaban los candelabros de plata y la mesa estaba aún cubierta por un velo de terciopelo morado. Todavía estaba abierto el libro de los pésames. Todavía se escuchaba algún sollozo, algún suspiro. Pero ya las sirvientas comenzaban a barrer, tímidamente, y los pájaros cantaban desde las jaulas, ahora destapadas, recobrando el día. Y surgía una nueva forma de vida en medio de la tarde tibia, en medio del hueco de la ausencia de tu padre y la conciencia de la podredumbre que ya comenzaba a gestarse en ese cuerpo

[consciencia de la que tú, padre, seguramente, eras aún inconsciente, como lo eran también tus hermanos más pequeños, pero que era algo vívido para tu madre y tus hermanas mayores y para June y las sirvientas y toda la gente grande de la casa]

El agua corría vigorosamente sobre los trastes de cocina lavándose. Sobre las plantas que reencontraban frescura y color. Todo se aseaba y se organizaba certeramente en la casa cerrada a la calle, en la casa donde aún estaban los crespones de luto sobre las puertas y las ventanas. Los pisos se fregaban con agua, jabón y cuernoeciervo, para alejar las malas presencias. Con trapos húmedos se limpiaban los muebles. Se contaba y se secaba la vajilla antes de guardarla. June encendía anafrillos con incienso que colocaba en los rincones de cada cuarto. La comida comenzaba a prepararse en la cocina y se comentaban los accidentes de la jornada. Alguna risa era sofocada con pudor. Y en esos momentos, turbado por lo vertiginoso de los cambios, mareado por el cansancio y la resaca, te diste cuenta de que Eulalia no había asistido al cementerio.

EL ARTE DE ENMASCARARSE

*Sirvo de pasto a los sueños
pues los hombres son los sueños
de una sombra*

*El Tiempo corre sin hacer caso de los relojes/ Corre sin rumbo fijo/ Sin
cauce determinado/ Se distribuye en la extensión del universo
como un río en la llanura*

*río desbordado, erosionante/ Cifra el polvo que cubre las ausencias/ Se eleva en
oleajes espumosos/ Revela distancias/ Duermo/*

*Durante el sueño
la gente muere para sus pesares/ También para sus placeres/ Durante el sueño,
la gente escapa del calor, de los rincones llenos de cucarachas, de los dolores del
cuerpo y del alma/*

[Todo duerme ahora]

*Ruidos: oigo el chirrido de las cabuyeras de la hamaca/ Leticia ronca/ Sus
ronquidos llenan todo/ Antes, no roncaba/ ANTES, ella era una venadita joven
que brincaba de cuarto en cuarto y se reía cuando yo le rebuscaba los senos entre
la ropa/ Me escamoteaba las caricias entre risas: no no aquí no no a esta hora:
déjalo para la noche, decía, con la voz llena de promesas que no dejaba de
cumplir/ Era como un remolino/ Curaba las heridas de mi soledad y mi
melancolía/*

Pero cambió/

*Los hijos llegaron y ella cambió con cada hijo/ los hijos se fueron y ella cambió
más, como si yo hubiera sido solamente una excusa para traer al mundo esos
hijos de los que ella esperaba tanto/*

*Después me enfermé, envejecí, se me acabó la plata, y ella siguió cambiando hasta convertirse en ese lagarto viejo y malintencionado que es ahora/
Cómo cambió/*

YA ES DE DIA: la espesura del silencio se ha ido rompiendo progresivamente desde el canto aislado de los gallos hasta el escándalo de los gallineros y los pájaros/ La luz ha ido apareciendo por todas partes/ La ventana se ilumina/ Se escuchan pasos en la casa/ Corre el agua por las tuberías vencidas/ Corre el agua llenando cacerolas/ Escucho el agua que hierve en la cafetera/ El vapor sube, regorgotea/ Y surge luego el aroma del caFÉ, IMPREGNANDO CON SU EMANACION VITAL HASTA LA MAS HUMILDE MOLECULA DEL ESPACIO: ese aroma estalla como un prodigio, penetra a través de las hendidias de la puerta cerrada, me trae la fragancia del día y de las manifestaciones cotidianas/

Siento cómo mis nervios son tocados delicadamente, cómo mis músculos se tensan, cómo la saliva fluye dentro de mi boca/

Espero tembloroso/

Espero con ansia/

*Espero con la certidumbre de que **otro día ha llegado y estoy vivo/***

Ahora, Leticia o Betty -una de las dos- entrará con la taza humeante de café/

Ahora, alguien apartará los cerrojos con que me aislan, cruzará el umbral y me traerá el precioso sabor caliente y revitalizador/

Y el café anidará en mí con todo su poder: me incorporará al milagro del día/

Ya viene Leticia/ YA VIENE:

diez nueve ocho siete seis cinco cuatro tres dos uno cero

YA

YA

YA

No

nO nO nO nO nO

No pasa nada

¿por qué no pasa nada?

¡Leticia!

¡Leticiaaaaa!

Leticia Leticia Leticia Leticia: tráeme café para salvarme

¡Betty! ¿Dónde estás?

¡Bollo! ¡Isabel!

¿Quién está ahí? ¿Quién vive? ¿Quién no recuerda mi existencia?

óiganme: ¡óiganme!: **estoy vivo**

ESTOY VIVO Y NECESITO

ne-ce-sí-to tomar un trago de café para confirmarlo.

pero todo me posterga/

el día avanza y la cotidianidad de los seres de esta casa me posterga/ El olor se pierde, va perdiendo su compacta esencia de gracia y de prodigio/ Levanto las manos/ Araño el espacio frente a mí/ Trato de asirlo/ Nada/ Nada/ TIEM

CUADERNOS DE LA DISOLUCION

Batallas en el desierto

Dicen que los hijos se les fueron porque el don les sacaba a cada rato la comida y el techo que les daba. Dicen que la tía Leticia no encontraba de qué lado ponerse y que por eso se fue amargando, porque cada combatiente la acusaba de ser alcahueta, sinvergüenza y aguantadora. Dicen que cada hijo se fue cuando perdió la batalla decisiva con el don, y que todos juraron no volver jamás. Dicen que Isabel regresó porque no supo qué hacer con su vida, ella sola. El don dice: **yo ya no tengo hijos, ni hijas ¿tú crees que si los tuviera estaría en este estado? Mire que le he dicho a Isabel que venda la casa de la capital y que monte un negocio para atenderlo entre los dos. Mire que le he dicho que me traiga la plata suficiente para curarme y darme algunos gustos. A veces quisiera comerme un dulce y ni un pedacito de papelón puedo comprar. Isabel me hizo firmar todos esos papeles y gastar toda esa plata en notarios y picapleitos y ahora nunca tiene tiempo, no tiene el menor interés ¿Y puedo contar con los otros? Ni siquiera sé dónde andan ni lo que hacen. Ellos están bien, gracias. Quién sabe por dónde.**

Yo no le digo. Después de todo ELLA es ahora la dueña de lo que queda y puede echarme a la calle cuando lo desee. Bien que me lo recuerda todos los días. Miro al anciano que escudriña frente a sí con atención. Dice: **-Bollo**, y el Bollo aparece, invocado por su encantamiento. Bollo está siempre presente: fiel, leal espectro, amigo y servidor seguro, invisible e indeleble: **-Bollo**, dice, **¿qué hora será? dile a Betty que me traiga un plato de arroz con pollo con bastante salsa, un vaso de agua de papelón con limón, bien fría, y un pocillo de café caliente. Sobre todo el café ¡Beetty! ¡Tráeme café! No te olvides que el café es lo más importante en la vida de un hombre.**

MATA EL CARACOL

La casa de la infancia

*es un espejo
que se empaña*

Tu madre los crió muy pulcros allá en Macuto. Todas las tardes los mandaba a vestir de limpio y salían con June a pasear por el malecón.

*A veces tu padre los mandaba en un landó hasta **Las Quince Letras** y allí comían helados de copa con galletas.*

Iban las cinco niñas: Anateresa, Anaisabel, Margarita, Luisa y Melissandra, y los dos niños: Ernesto y tú.

La brisa salobre no los despeinaba, porque tu mamá les echaba abundante brillantina en los rizos. Las niñas llevaban vestiditos de organza, encajes de adorno y cintas de satén en la cintura y en el pelo. Los niños vestían trajecitos de lino con pantalones cortos y camisas de seda y corbatas de lacitos colgantes y sombreritos de pajilla.

A tu casa se entraba por un portón grandísimo, y un zaguán sombrío que conducía a una puerta de celosías de madera coronada por la imagen del Corazón de Jesús. Llamas saliendo del pecho. Flores de papel crepé alrededor del cuadro, y, debajo, un gran letrero en marco dorado:

EL DINERO NO HACE LA FELICIDAD

*Había muchos letreros por todas partes. Letreros de ese tipo, como si tu mamá quisiera recordarles permanentemente la necesidad de La Virtud. Y había un pergamino, también enmarcado con lujo, con el poema **If**, en letras góticas:*

If you can keep your head when all about you
are losing theirs and blaming it on you,

If you can trust yourself when all men doubt you
but make allowance for their doubting too,

If you can dream -and not make dreams your master...

*Y otro con esta terceta sin firma, colocado encima de la copia de **La Ultima Cena**,
en el comedor:*

If I should die, think only this for me,
That there's some corner of a foreign field
That is for ever England

*(Que hay algún rincón de un campo extranjero que es para siempre Inglaterra,
decía tu madre con los ojos húmedos)*

*La casa quedaba frente al mar, y el olor que venía desde él se mezclaba con el del profuso jardín. En una repisa que se veía desde la entrada del salón, había muchos retratos y postales con paisajes, iluminadas por la luz de veladoras protegidas por guardabrisas azules de cristal. Una de las fotos representaba a tu abuela Elizabeth, vestida con un sari listado y un manto, retratada de cuerpo entero, con una mano aferrando la tela del manto y la otra posada tímidamente en una media columna de madera labrada. Otra era de tu abuelo George, con su uniforme de kaki y el casco de corcho ligeramente ladeado. Tenía la mano en el cinto del revólver y cierta tensión en la boca fina y apretada y en el gesto altivo de la nariz, que lo hacía parecer cruel. En ornamentada caligrafía, alguien había escrito al pie de esas fotos, respectivamente: **Mrs. George Shelley, borned Meru Elizabeth Nagle Nehru, Bombay, 1872 August 8th** y **First Sargent George Shelley, Bombay 1872**. También había allí retratos de S.M. la Reina Victoria y del Rey George, entonces príncipe, de los que repartieron el día de la coronación en Delhi, y un paisaje de la Plaza Mayor de Puerto España, donde los miembros de una familia feliz: padre, madre y dos hijos, mujer y varón, aparecían sonrientes y felices con un fondo de portales.*

*Tu padre no tenía antepasados ilustres ni reyes a quienes alumbrar, pero en el pueblo lo llamaban **don Francisco Mata**, y de sus haciendas de El Cojo y Galipán bajaban cada sábado recuas cargadas de frutas y verduras, de quesos y natas, de mantequilla, suero y bolas de cacao, y en la vasija del menudo siempre había monedas para el gasto, que la servidumbre disponía con generosidad. Catorce sirvientas estaban pendientes de todo, y obedecían la más mínima indicación de tu madre, la complacían en todo y mantenían a su alrededor el orden y la frescura que necesitaban sus frágiles nervios y su*

espíritu inglés. Había tenido siete hijos y conservaba el talle esbelto, la compostura y la belleza ligeramente masculina de sus primeros años. Tu madre tocaba a la hora del ocaso melodías tristísimas en el clavecín. La luz dorada la iluminaba toda. Señora erguida con el pelo recogido en moños impecables. Señora de trajes claros y almidonados. Todos la escuchaban sintiendo brotar de alguna parte muy profunda del ser una nostalgia antigua y sin nombre.

A las seis en punto, tu padre acostumbraba llegar, haciendo resonar sus espuelas de plata. Macario se apresuraba a atender su mula y las sirvientas corrían a prepararle el café, que tomaba amargo y con una cucharada de brandy.

La cena se servía a las siete y media, y después, todos los habitantes de la casa menos tu padre, se reunían en la sala para rezar el rosario. Tu padre se iba al Club de Comercio a jugar a las cartas con los amigos y conversar de sus negocios. O se iba a la casa de Eulalia, una querida que tenía detrás de la Plaza, en una casa alegre y luminosa adonde los llevaba a tí y a tu hermano Ernesto, un domingo sí y otro no.

Eulalia era morena, reidora y cálida y les preparaba siempre pasteles: de chocolate, frutas o vainilla y licuados de fruta. O les regalaba almendras garrapiñadas, turrónes y dedalitos de vino después de comer. También los abrazaba fuertemente, transmitiéndoles su suave olor a canela, y su tibiedad de mujer feliz.

Cuando llovía, Eulalia se bañaba con ustedes en el patio, bajo las canales, cubierta con una bata blanca de liencillo que dejaba adivinar su desnudez. Sabía tocar la guitarra y cantaba bajo el emparrado donde tu padre colgaba su hamaca, canciones que hablaban de amores y aventuras. No se empeñaba nunca en que fueran juiciosos, ni en que hablaran inglés, y los dejaba libres para revolver en los rincones, jugar con tierra, tumbar los mangos y las cerezas y ojear las barajitas prohibidas.

Muchas veces, al mirarla sentada con tu padre en la hamaca, riendo los dos como niños, sentiste como un dolor profundo y una fuerte rabia: todo dentro de tí, que deseabas que tu padre se muriera y los dejara para siempre en la casa de Eulalia.

Cuando regresaban, tostados y nerviosos, a la casa familiar, tu madre los recibía murmurando improprios, los mandaba a bañar con June y hacía que hirvieran las ropas que habían usado, como si estuvieran contaminadas con una peste, pero eso a ustedes no les importaba, porque si bien sabían que lo hecho no estaba bien, y pertenecía al género de

lo prohibido, se sabían respaldados por tu padre y por el gozo que les quedaba en el cuerpo y por la ilusión de otro domingo en casa de Eulalia.

A tu madre no le gustaba tampoco que ustedes fueran a la escuela pública, porque no quería que se juntaran con la chusma, o que contrajeran alguna enfermedad. Y como no había escuelas privadas en Macuto, contrató al Bachiller Elmer Torres y a Miss Iris Brown, para que les enseñaran buenos modales, historia, geografía, aritmética, y, por supuesto, a leer y escribir tanto en español como en inglés. Las niñas asistían además a una clase con las monjas del Retiro de Santa Cecilia para aprender corte y costura, bordado, dulcería y algo de música. Había temporadas -cuando no estaba enferma o deprimida- que tu madre asistía con ustedes a las clases. Era severísima con los castigos que aplicaba, y atemorizaba aun a los maestros, que parecían disminuir de tamaño en su presencia. En especial Miss Brown, que era muy gorda, y había venido también de Trinidad, temblaba y se iba poniendo chiquitica, chiquitica, hasta casi desaparecer ante tu madre, a la que veía como una reina, y ella se aprovechaba de esa circunstancia para exigirle incluso más de lo que pagaba: exigirle que les enseñara inglés con rigor y disciplina, que los vigilara porque eran rebeldes, que se peinara y se vistiera de una determinada manera, propia de las institutrices, porque para eso era ella la madre, y sabía de las excelencias de la educación inglesa, y sabía de la influencia que los gestos, los vestidos y los peinados tenían sobre los niños.

Pero además, ella tenía ideas muy raras sobre la vida y las profesiones. Cuando le dijiste que querías ser militar, no quiso oírte siquiera, horrorizada por el solo pensamiento de que turbaras su hogar con esos toscos uniformes y esos modales rufianescos que se aprendían en los cuarteles, y no cedió ni cuando le recordaste que su padre, tu abuelo George Shelley, y tu tío, su hermano, habían sido militares, porque dijo que no era lo mismo servir a un Rey que a un General de botas sucias y origen incierto. En cambio te auguró un destino de poeta, como algún antecesor misterioso que decía tener, y para ello te imponía horas de lecturas sobre las cuales te examinaba con rigor, y te vestía con camisas de cuellos bordados y corbatas de lazo de seda, y te obligaba a declamar ante sus visitas, algunas veces, cosas como:

Mas yo la vida por mi mal conozco
Conozco el mundo y sé su alevosía
Y tal vez de mi boca oirás un día
Lo que valen las dichas que nos da.

Y sabrás lo que guarda a los que rifan
Riquezas y poder la urna aleatoria...

Cosas que después te empeñaste en que nosotros, tus hijos, aprendiéramos, quién sabe si como una forma de la venganza.

Después de la muerte de tu padre, tu madre pareció por un tiempo que había adquirido cierto equilibrio y una mejor salud, hasta que tu hermana Anateresa se fugó con uno de los edecanes de un General que iba siempre a temperar a Macuto. Entonces se volvió a vestir de estricto luto, mandó a cerrar puertas y ventanas, y prohibió que pronunciaran el nombre de los fugitivos en el recinto de la casa. Pasó largas temporadas de encerramiento y depresiones. Pero cuando el edecán salió huyendo, y Anateresa, abandonada y embarazada, fue a parar, dando tumbos, a la casa de Eulalia, tu madre se sintió obligada a respaldar a la hija descarriada, no fuera a descarriarse más, y protegió su embarazo, y decidió irse a Europa. Nombró de administrador a un tal Briceño, y a ustedes, los varones, los dejó al cuidado de la casa, pero sin voz ni voto ni poder de decisión, y allí permanecieron hasta que decidieron irse para no ver cómo el Briceño saqueaba la herencia de tu padre.

Ernesto, a quien le gustaban la alquimia y la botánica, se fue primero. Se fue por mar con un mago y vendedor de pócimas milagrosas y panaceas, que se llamaba Jack Learn, y desapareció para siempre. Años después, mi hermano Jorge creyó haberlo encontrado en un pueblo de oriente, como propietario de una farmacia. El parecido de familia era muy fuerte, pero ni Jorge quiso alterar su intimidad, ni hubo ocasión de sondearlo en ese sentido.

Y tú también te fuiste. Abandonaste todo y trabajaste duramente hasta que conseguiste tener tu propio negocio, tu propia familia: asegurarte una vejez tranquila y protegida y una muerte cristiana. Ya había nacido tu primer hijo cuando tus hermanas regresaron: Anateresa, Anaisabel y Luisa, junto con las gemelas que eran tus sobrinas. Para poder sobrevivir estaban malvendiendo lo que quedaba.

A tu madre, a June, a Margarita y a Melissandra las habían dejado enterradas en el perpetuo otoño de Londres. Las grietas de la guerra se notaban en la piel de las sobrevivientes. Una tristeza solemne las rodeaba con un halo patético. Todas ellas eran muy blancas, delgadas y tiesas. Tenían una dignidad antigua como personajes de una tragedia.

EL ARTE DE ENMASCARARSE

Mi casa es la que nunca termina de llegar
la que deja paredes rezagadas
detrás de la intemperie

PO:

Imágenes de lo que se extinguió me perturban/ Casa caída/ Casa/ Veo desde un rincón el despeñadero/ En pleno día, la noche/ Noche/ Siento la luz descendiendo sobre todas las cosas/ Compacta y vertical, la luz/ Cae como una serie de trazos menudos, de partículas/ Como una lluvia/ La luz borra las cosas/ Las sumerge en una incandescencia blanca/ Maldito el día en que accedí a venirme a esta ciudad: las pupilas se me fueron quemando: me fui quedando ciego a fuerza de mirar esta luz y este aire hecho de reflejos: porque el aire aquí es como un espejo que, tocado por la terrible luz, no deja ver las cosas como son, sino como fueron, o como serán alguna vez/

Dentro de mí la noche/

Puros naufragios en la noche/

Los objetos se glorifican con el brillo que marca sus contornos/ Un latido purulento espesa todo/ No me gustan ni el día pleno, ni la noche/ Más dulce es la luz cuando amanece y va sacando al mar de su escondite/

La luz de Macuto: la de mi niñez/

No esta luz, que va dejando ciegos a los que miran a través de las ventanas/

No esta luz, que hace sucumbir a los almendros/

*No esta luz, que reverbera vista desde **la boca del pozo**: el brocal está roto/*

*Se va debilitando el sonido de las voces y las puertas se atrancan para esconder las vergüenzas interiores/ Se cayeron las cercas del terreno/ Viene **El Prestamista** y me dice:*

-Don Francisco: ya es tiempo de que me dé ese hilo de plata con el cual se sostiene a la vida/

-Ya es tiempo de que me entregue la lámpara de oro, porque el plazo se cumplió/

-Condene la Casa y venda el terreno/

Y yo le contesto:

-¡Ni madres! ¿quién eres tú, hijo de La Gran Puta, para decirme a mí esas pendejadas? A mí nadie me cobra, porque yo a nadie le debo: déjame esta vida mía, porque aún es posible que yo recupere el aceite para encender las veladoras...

¡ándate a la perfecta mierda!

No,

no y no me voy a ir así de fácil/

No les voy a abrir la cerradura de mi caja/

¿Por qué voy a morirme, si hasta el bicho se me para, si hasta tengo deseos?

Antes veía a Betty en pantaloncitos rojos: una mancha roja que olía a jabón y a juventud/

El Bollo me preguntó la otra vez si yo no tenía ganas de follar de vez en cuando y le dije: -¿Qué voy a hacer si las siento, si aquí no hay carne caliente para satisfacerlas? A veces siento gemidos en la casa/ A lo mejor es Leticia que mete un hombre/ O quizá sea uno de los machos de Isabel/ Yo no sé de dónde me salió esa hija tan caliente/ Ya sabrán ustedes que anda por ahí con el primero que consigue/

¿Tú crees, Bollo, que yo sería capaz de inventar algo semejante? ¿de perjudicar a mi propia esposa y a mi hija? Es verdad que no salgo de este cuarto y que estoy prácticamente ciego, pero sé todo lo que pasa en esta casa...

¡Lo sé todo!

Puedo percibirlo todo/

Oyeme, Bollo: yo las oigo hablar/ Ellas creen que estoy dormido, pero no es cierto/ Sé cuándo salen y cuándo entran/ A veces siento a la Isabel masturbándose/ la imagino untándose aceite, metiéndose los dedos de uñas rojas por los bordes de la pepita/ Dándose y dándose/ Lo sé porque me llega el olor a pescado salado/ También imagino a Betty sentada en un rincón, totalmente desnuda, sacándose de su coñito la tranquila ternura como un hilo interminable con el que me va amarrando/ O sacándose las tetas grandes y carnosas, apretándolas con ganas de darme de mamar, porque yo soy su bebé, su hijito, su carajito: ella hace conmigo lo que le da la gana/ Y entonces me lleno de calor/ En la penumbra, distingo la silueta de una mujer vestida de rojo/ Agilmente, ella se desnuda, trepa a la cama, se acurruca contra mi cuerpo/ Siento el olor de sus cabellos, el calor pegajoso de su piel, el roce de los pelos de su pubis, el perfume de su sudor y sus aceites y sus jugos sexuales/

SUS MANOS ACARICIAN MI PECHO [con avidez]

*mi vientre
mi pinga caída que empieza a palpar
tímidamente*

*Sus labios comienzan a chupar
a sorber
a besar mi cuello y mis tetillas
mis orejas
y los dedos de mis pies*

*Se te pueden contar todos los huesos,
dice*

*Su lengua se va deslizando
me entran la temblorina*

*el calorón y
sudo más*

más

más y más

*La mujer me lame todo me toca todo
se mece sobre mí va nadando
ondula brillando
en la sombra
y yo me paso las manos por todo el cuerpo
engarfiando los dedos
rasguñándome gimo gimoteo gruño
grito: a gritos me hundo en el remolino:
saltos del corazón
¡túércele el cuello a ese caballo viejo!
gritan desde la galería
porque después de esta vida no hay otra oportunidad*

*el cable
echa chispas ay ay ay ay ay ay ay ay ay*

*súbita angustia ahogo relámpago:
la cosa que comienza y termina*

YA

Betty entra y pregunta: ¿le pasa algo, don Mata?

No contesto

El Bollo me preguntó la otra vez si yo no tenía ganas de vez en cuando...

¿y qué puedo hacer con lo que siento, si en esta casa no hay calor, ni ilusiones, ni ternura, ni carne, ni nada?

Sólo hacerme la puñeta con mis fantasmas/

Nada más/

Oigo un murmullo como de rezos en la habitación de al lado/ Tengo sed y quiero agua, pienso, y me voy hundiendo en el sueño: la interminable y blanda ternura de Betty es como un colchón/ Tengo sed y sueño con un río/ Sueño:

*Esta Casa no tiene raíces ni ataduras
va flotando*

Nada

Esta Casa nunca existió/ ¿No ves cómo se escurren por las paredes los fantasmas? ¿No los ves, como caracoles con su casa al hombro? Esta Casa no tiene unidad ni un carajo/ Leticia es una desgraciada que se cogió mi plata y me jodió los negocios y todo se lo entregó a Isabel con tal de no quedarse sola y la Isabel entonces se lo gastó en sus machos/ Ellas creen que no sé/ Las paredes oyen y hablan/ Y por este cuarto pasan perros y gatos que me van contando cómo es el asunto: cómo Briceño estafó a la viuda de Mata con tal habilidad que ella murió bendiciéndolo, y cómo Isabel es una momia que trabaja en la Morgue juntando cadáveres sólo para traer a esta casa el soplo de la Muerte y recordarme que la tierra es una bestia que me espera con las fauces abiertas/

Pero no/

No/

Ni madres/

Primero tendrán que morirse todos ellos: Leticia, Isabel, Betty y los dos niños/ Todos/

Es en balde que me sacudan trapos infectados encima/

Vayan a joder a su abuela/

A mí no/ Yo soy fuerte/

*óyeme, por piedad, si es que puedes oirme, si es que tienes oídos y están prestos:
si me llevaste alguna vez en tu corazón, auséntate de la felicidad un momento, y
en estos momentos tan duros, llénate de aliento para contar mi historia... la vida es
tan extraña... la vida es tan efímera: hoy estamos en el salón con los danzantes y
mañana, tirados en un camino, envueltos en los sudarios sangrientos, a la espera
de ¿qué?*

*del banquete de los gusanos
del estallido de nuestra carne*

y, sin embargo, alguna vez fuimos felices

[Las alimañas se ponen en fuga]

*¿Dónde andarán mis hijos? ¿Por qué no se dignan conceder una mirada, aunque
sea rápida, a éste, su hogar?*

la llama de este incendio me quema

Y yo, aquí, con la sombra al cuello/

CUADERNOS DE LA DISOLUCION

El don reposa desnudo, con la boca abierta, extendido sobre la cama, vencido por el calor. Casi no se nota su respiración. Sin embargo, sé que está vivo. El paso de su sangre llena el espacio con un rumor tenue y consistente. Sus olores perturban el libre tránsito de la brisa. De todo él brota una emanación viscosa. Se dice que los muertos duermen, pero no es verdad. La muerte es como el viaje en un barco que, en un río, incesantemente, deriva sin timonel hacia el océano. Vertiginosa sucesión de imágenes. Imposibilidad de regresar cuando se desee. Siempre derivando hacia la meta de experiencias determinadas por otros (¿los celestiales?) o por la fuerza de nuestros propios actos.

Seguramente a esta hora, en un templo, el sacerdote hablará sobre la esperanza de la vida eterna. Pero la muerte es siempre pérdida. Irrecuperable, por demás. Los restos de un ser humano -en este mismo instante- están comenzando a pudrirse. Mañana no serán más que hilos gelatinosos, gusanos, masa reblandecida, huesos pelados y cabellos resecos. La tarde está en calma. Apenas se adivina en ella el bruñido fondo del crepúsculo. La tarde descende sobre nosotros, actores de esta representación. Cumple su descenso hasta que le llegue el momento de desaparecer. Pero ahora, todo exhibe aún su intensidad. Y el presentimiento de la muerte se estanca se va estancando. En los estantes de la memoria, en los cofres del armario, yo guardo los recuerdos como única garantía de trascendencia.

SEGUNDA PARTE

LOS VEREDICTOS

Esta campana rota

*Estoy embriagado, lloro, me aflijo
Pienso, digo,
en mi interior lo encuentro:
si yo nunca muriera,
si yo nunca desapareciera.*

Netzahualcóyotl

(Somos campanas rotas. Color de selva. Color de agua de estanques en el bosque: bronce roto y verde. Campanas sin badajo, sin sonido. En la tierra hundimos las raíces. Inútiles. No llamamos a nadie. No congregamos. Alguna mariposa llega, se posa sobre el metal caído, y después huye, desplegando sus alas amarillas).

MATA EL CARACOL

La muerte es algo tan súbito y extravagante, pienso, padre, en esta hora.

Si yo hubiera tenido una hija, y esta hija hubiera tenido una amiga, y a los diecisiete años esta amiga hubiera muerto en un accidente de tránsito, después de acudir a una fiesta, seguramente mi hija me hubiera preguntado por qué y por qué y por qué, porque yo hubiera sido para ella como ese personaje de Saul Bellow que sabía y sabía y sabía.

Pero no hubiera podido explicarle.

La obra de Bellow donde está ese personaje se llama CARPE DIEM, qué casualidad. Así es: debemos coger la flor del día, porque mañana ¿quién nos asegura que estará? Y, sin embargo, trabajamos para el futuro. El Futuro: esa entelequia. Excusa para el discurso de los políticos que aspiran al efímero poder. Y para los otros: para los caudillos que anhelan la consolidación de sus particulares y ambiciosas monarquías.

Y allí están nuestras pequeñas propiedades: los objetos que acumulamos en nuestros pequeños espacios: los mundos que vamos creando: esto y eso y aquello. Y están las pólizas de seguro, las cédulas hipotecarias, los fideicomisos, los activos líquidos, los bonos cero cupón. Todo eso que nos va quitando la sonrisa por el afán de conservarlo y reproducirlo esmeradamente.

Al final: ¿qué somos? alimento para la fragua del Devorador. Todo lo que fuimos acumulando será desperdigado por los que nos sobrevivan. Yo hubiera querido construir una casa de ladrillos de barro rojo, con techos entramados de madera y cubiertos por tejas. Yo hubiera querido tener un mobiliario de madera (y no de plexiglás, ni de plástico, ni de formica, ni de vinilo) y una vitrina llena de cristales y porcelanas hechas en Europa por artesanos que hubieran recibido el oficio por una larga herencia. Yo hubiera querido tener una batería de ollas de cobre, de hierro, de aleaciones fuertes y vidrios refractarios. Yo hubiera querido que todo en mi hogar fuera duradero. Que aún pudiéramos sentarnos los domingos en torno a la mesa del almuerzo: tres y hasta cuatro generaciones compartiendo el alimento y los sentimientos: los afectos, las envidias abiertas o secretas, los resentimientos, las gratitudes, las admiraciones, los respetos e irrespetos, las momentáneas alegrías, las tristezas. Todo eso sedimentándose. Todo eso conformando una especie de album familiar: una historia. Y no pudo ser, padre. ¿En qué instante se

desvanecieron nuestras comunes inquietudes? No lo sé. Justo ahora, cuando la muerte nos acecha como un obstáculo insalvable e irremediable, pienso en la esperanza de la eternidad.

¿No existe acaso la inmortalidad? ¿Para qué le sirvió a Sigfrido haberse bañado en la sangre del dragón, si una hoja caída del árbol lo devolvió a su condición mortal? Quizá más cerca estuvo Orfeo, cuando pudo recuperar a Eurídice del Hades, mas cometió el error que siempre cometemos: miró hacia atrás.

No, padre: no existe la inmortalidad.

EL ARTE DE ENMASCARARSE

*Ésta es la historia, creo, y por eso cuento y cuento una y otra vez/
O recuerdo, may be.*

Dicen que el hombre es verdaderamente hombre cuando tiene bajo la tierra muertos a los cuales recordar/ Dicen que toda humanidad tiene su apariencia únicamente en la estirpe/ Yo puedo crearme una estirpe/ Puedo humanizar el asunto con la antigüedad de la sangre (que no es la de la estirpe, supongo, ni la del dragón de Sigfrido) pero no puedo heredar el Reino hasta que mi madre, que es una poderosa hechicera, muera en el campo de batalla, y los efectos de la maldición comiencen a hacerse notar en la impaciencia de las acciones/

Dirán entonces: dicen que Mata enfrentó a su madre, y levantó la espada contra ella/ Mas, en todo caso, el arma se quebraba como herida por un rayo/ Entonces Mata, desesperado, salió de sus dominios y vagó enloquecido por los campos, hasta llegar allí solían morar los dementes del país al cabo del primer año de su locura, pues aquel lugar es una delicia para los locos/

Los extranjeros tenían razón/

Cierta noche, estando en un refugio que había encontrado, Mata se lastimó/ Herido y afiebrado, fue recogido por unas monjas que lo llevaron al convento de San Onofre, y allí pasó la temporada de lluvias/ Tal era su sufrimiento y sensación de desamparo, que un día exclamó:

Fría noche esta noche
La pobreza me abraza
Y ya para luchar no tengo aliento
Herido estoy del hambre y estoy loco.

Todos me ven maltrecho
Se deshace en harapos mi vestido
Mata hijo de Mata es mi nombre:
Soy el Príncipe Loco: el Demente.

Cuando la noche llega no descanso
Y no pisan mis pies trillada senda
Aquí no habitaré ya largo tiempo:
Los lazos del miedo ya me ciñen.

Quiero ir más allá del mar que asoma
Viajando entre las proas abundantes
Mas mi fuerza el miedo me arrebató:
Soy el loco de la cuenca del Dorado.

Estando Mata refugiado en el tejo del convento, su madre se dirigió allí con un ejército bien constituido, con el propósito de capturarlo/ Primero le rogó que regresase al hogar y volviese a gozar del regio bienestar de otros tiempos/ Pero Mata respondió que lo dejara abandonado a su sino/ Sin embargo, le pidió noticias de su tierra:

-Tu padre ha muerto/

-Ya lo sabía y me entristece... ¿crees que no recuerdo?

-También han muerto tus hermanas/

-Ahora ya nadie se compadecerá de mí/

-Tu hermano murió igualmente/

-Eso me hiere en lo más hondo/

-Otra historia yo sé, y es famosa (aunque me entristece contarla): tus hijos se han desperdigado por la faz de la tierra...

-Tal es el bebedizo ponzoñoso que a los hombres derriba: el llanto por el fin de su estirpe...

Así dijo Mata y, llorando, se lanzó al suelo, lo golpeó con la frente mientras ensuciaba sus vestiduras. Entonces su madre, aprovechando la debilidad, lo ató fuertemente y lo llevó con ella. Bajo sus cuidados, Mata no tardó en recuperar la razón y el dominio de sus fuerzas, y fue rey, aunque bajo la custodia de Isabel/

En recuerdo de sus pasados sufrimientos y sinsabores, compuso estos versos, que complacieron mucho a la Corte:

Cuando estuve demente
por la maldición de mi madre
anduve en compañía de chinches y gusanos.

Desdichado de mí
al frío expuesto estuve,
al monte y al hambre
escuchando además parloteos de mujeres.

Jamás me gustó el parloteo de las mujeres
ni tampoco, en verdad, el de los hombres
más dulce es la canción del tordito
que invade la galería de mi castillo.

No me place oír por las mañanas
el toque de trompetas:
más dulce es la paloma cuando chilla.

La maldición de mi madre
me hizo compañero de los venados
mi mujer me dejó
y también mis hijos se alejaron.

Pero ahora, liberado de ella,
vivo holgado en la cumbre del monte/

Esto me recuerda los versos del Tragasantos de Macuto/ Era un hombre que no sólo iluminaba a las Vírgenes de su casa, y tenía innumerables altares: en el jardín, en el zaguán, en la sala, en el primer patio, en el comedor, en la cocina, en cada dormitorio, en el excusado, en el lavandero, sino que, vestido con eterno traje de ceremonia, el mismo conque lo llevaron al tramo mortuorio, se iluminaba él mismo en secreto: trampantojaba sus urgencias, sorteaba con subterfugios y de mala manera los obstáculos que se le presentaban, y sabía que por su ancianidad no sería retado al trance de batalla/ Así escribía aquel hombre versos en pasquines ofensivos donde quedaba al descubierto todo pecado, y quedaba sucia toda virtud, en tanto que la suya aparecía límpida y cristalina/ Era administrador de los bienes de otros y del gobierno y, desde esa posición, robaba y todo lo metía en cajas de hierro, porque no tenía confianza en los bancos/ mas su hijo no pudo

resistir la tentación de tomar anticipadamente su parte de la herencia, y sacó con artificio la caja/ después, padre e hijo se enfrentaron como en una película del oeste: pistolas en mano, a mediodía, de extremo a extremo de la calle, peleando por el botín/ Y el Tragasantos vestía el traje ceremonial de siempre mientras disparaba su 38 cañón largo/ Nunca hubo un cantor popular que escribiera versos a esta epopeya estirpicida/ Y el Tragasantos tampoco se atrevió a inmortalizar ninguna de sus vergüenzas/ El siempre fue como sepulcro blanqueado: limpio, con un jardín hermoso y una capillita de santos muy iluminada, pero lleno de gusanos, cadáveres y podredumbre/ El hijo quedó cojeando a consecuencia de una bala en la rodilla/ El robo de la caja se consumó/ Y el Tragasantos comenzó a escribir un diario íntimo, para reescribir la historia familiar: why not?/ Poco tiempo después, comenzaron a salir olores a sangre putrefacta de los alrededores de su casa/ El fue a las autoridades y denunció que un frigorífico vecino le ocasionaba malestares, pues un charco enorme de agua sanguinolienta se aposentaba frente a su ventana/ Los dueños del frigorífico corrigieron el malhecho, pero los olores persistieron/ Y es que hueso con hueso se paga/ Sangre con sangre revienta/ Así resultó que el muro se tragó más piedra de la que debía, por el solo vicio de tragar/

CUADERNOS DE LA DISOLUCION

Para Eloísa guardo en un lugar que sólo yo sé un medallón que encontré hace tiempo, oculto en una grieta del armario.

Es un medallón ovalado, con borde de plata labrada que enmarca un retrato de mujer. La mujer es joven. Tiene ojos grandes, redondos, plenos de reflejos marinos: las cejas son finas y arqueadas, la nariz, pequeña y afilada, con aletas altas, como si estuviera olfateando un perpetuo peligro, la boca, fina y tensa. La expresión es severa. Los cabellos se acomodan en ondas en torno a la cara, antes de recogerse atrás. Toda la cabeza surge como una flor del cáliz de encajes de la blusa azul de cuello alto. El medallón se abre apretando un botón disimulado entre los arabescos. Dentro hay una cámara en el fondo de la cual una inscripción recuerda: *Miss Elizabeth N. Shelley, Port Spain, 1895*. No hay rastros de cabellos, ni de hilos de seda, ni de pétalos secos, ni de élitros de mariposa.

Eloísa es lo que más me gusta evocar como madre. Dicen que la mía murió al traerme al mundo. También dicen que me abandonó al nacer y que ahora regenta una Casa de Citas en El Callao: allí se pagan los amores, dicen, en polvo de oro. Otros dicen que no es cierto de lo de la Casa de Citas, sino que ella se casó con otro hombre, hizo otra vida, tuvo otros hijos, prefirió olvidar. Que mi padre me trajo a esta casa recién nacida, y que fue Eloísa quien me recibió en sus brazos, y me dio alimento y calor hasta que pude erguirme sobre mis propias piernas y caminar. Entonces, también ella se fue. De mi padre tengo sombrías imágenes. Lo descubrí cuando ya no estaba, porque mientras estuvo, se mantenía apartado de mí, cobijándome bajo su sombra sin que yo lo supiera a ciencia cierta, rodeado de su propia atmósfera, donde sólo Alejandro solía penetrar sin recelo. Dicen que mi padre tenía un cortejo de muertos. Que su mano fuerte y fina manejaba mortalmente el puñal. Y que una fortuna habida en los territorios fatales de la minería se había trasvasado desde sus manos hacia los cauces de todos los placeres. Vi mujeres venir. Mujeres jóvenes para su vejez. Mujeres ambiciosas, tocadas con la efímera hermosura. Nunca tuvo para mí el espacio y el tiempo del afecto. Intentó llevarme a los mejores colegios de la ciudad, sin conseguirlo. Mi origen era hartamente incierto como para que me admitieran en la compañía de niñas con estirpe esclarecida, aunque fuera a expensas de ocultos adulterios. Y yo ¿qué era? Nunca fui nada, a excepción de la justificación que me inventara por mi vínculo con Eloísa.

De ella quedan algunas fotografías en el album familiar, y los recortes de periódico donde he seguido sus viajes por el mundo y sus andanzas. Quedan los cuadernos de sus primeros poemas y los libros de su primera Biblioteca. Yo intuyo [sé] que en esos mínimos

vestigios está el secreto del tiempo y la posibilidad de rescatar la memoria. Será por eso que todos la esperan a ella con temor y temblor. El don la llama como a uno de sus espectros: la ve allí, donde nosotros no podemos verla. Yo leo y releo sus papeles y sus libros subrayados, tratando de alcanzar la cifra de ese mundo que algún día recibiré con toda su carga de impudicia e impiedad. Cuando mi padre aún no se había ido y yo iba a la escuela, y aún tenía ilusiones, escribía su nombre junto al mío, con la impecable caligrafía con que mi tía Leticia me enseñó a escribir bajo los guayabos, en las tardes calurosas. Y un día, comencé a registrar en estos cuadernos la historia, para que ella encontrara el hilo del laberinto, cuando regresara. Guardo los cuadernos en las gavetas del armario del don. Los resguardo de las alimañas.

EL ARTE DE ENMASCARARSE

Dicen que alguna vez regresará la primavera

*mi cabeza es una torre
tronchada por el viento
mi cabeza es una espiga
cortada por la hoz*

mi cabeza mi cabeza mi cabeza mi cabeza
vencida
ya no se sostiene/ mi aliento
apenas si llega a delatarme
a calentarme los labios
mi grieta está llena de brasas encendidas:
la grieta de la cabeza
la saliva chorrea por el borde de mis labios

TENGO SED

*¿QUIÉN BEBE AQUÍ? ¿QUIÉN BEBE? (¿QUIÉN BEBÉ?) ¿QUIÉN
apaga su SED y no me da?*

¿QUIÉN COÑO?

*Mis manos acarician mi lirio de carne
estambre que algunas vez tantas manos y tantas bocas disputaron*

*¿Quema mi néctar, amada? Sí, claro que es demasiado tarde para todas
las cosas/ Ya no queda tiempo.*

*La arena se desliza lentamente
se escapa
se agota*

[A mí no me faltaba nunca el frasco de Jean Marie Farina, y tenía trajes de casimir inglés, y camisas de seda cosidas a mano por costureras de altura, y pañuelos y medias y calzoncillos con mi anagrama bordado/ A mí no me faltaban las corbatas, los sombreros, los cinturones, las hebillas de oro y las yuntas de oro/ A mí no me faltaba nada]

Y ahora: ¿qué tengo?

*Los dedos apretados no pueden contener la arena y llamo por su nombre a las partículas: Margarita, Cirila, Juana, Beatriz, Igena, Paulina, Josefa, América, Cruz: **recuérdeme, recuérdeme, please, remember me,***

pues yo las hice alguna vez hermosas y felices.

Betty: déjame beber de tu agua, refrescarme en tu piel.

Pero allá llegan los perros jadeando y acezando los perros

Un pájaro le come las entrañas a mi padre, que está tirado sobre una lápida de mármol/ Eulalia, vestida de blanco y con los brazos desnudos, trata de espantar el pájaro y abrazar el cuerpo/ ¿Quién iba a decir que Eulalia fue la única mujer que quiso a papá?/ A nosotros nos socorrió cuando nos vio abandonados/ Y si mamá no nos abandonó del todo, fue por miedo de que Eulalia nos socorriera/ Luego murió/ Se hizo vieja, y yo la llevé a un asilo para que estuviera tranquila, y la cuidé hasta sus últimos momentos, y satisfice hasta sus mínimos deseos, porque ella había querido a papá, y era buena/ Pero nunca le llevé a la familia y nunca quise que la familia se enterara de todo eso de Eulalia y papá y mamá y nosotros y yo/ Ahora entra mi cuñado Martín El Cuchillero y se sienta frente a mí, con la sonrisita socarrona ésa: si eres muerto, vete y descansa en paz, y si estás vivo, ándate a joder a tu madre/ Mira que yo sé cosas de ti que ni te imaginas/ Como para enterrarte vivo/ Y no he dicho nada/

En el traspatio, doña Elina Márquez, la de al lado, está recogiendo limones/ La veo a través de la pared:

-Doña Elina, ¿cómo puede usted estar recogiendo limones?

-Es que la cerca, don Mata, se cayó hace tiempo y me pasé por el claro, y como los limones se estaban perdiendo, y yo los necesito, pues, ya ve...

-No, si no es eso lo que yo le digo ¿usted no y que estaba muerta?

-Pues ya lo ve, don Mata, muerta y todo, recojo limones.

-Bueno, entonces que en paz descansa el alma de doña Elina Márquez, y la de Chucha, su hija, y la de Pedrito, su nieto, a quien mataron en la cárcel, creo...

-Gracias, don Mata, que en paz descansa también la suya.

No No No No No No No NOOOOOOOOOOOOOOOOOOO

*Ahí viene el Angel/ ¡Beeettyyy...! ¡Ahí viene la noche!/ Ahí viene el autobús sangriento: Jack El Destripador en versión de mi madre/ ¡Betty: llama al Bollo, Betty!/
/*

Oh, my God, my God, you save me: who stands at my door in the storms and rain on the threshold of being? One who waits till you call him in from the empty night/ Vuélvanse, espíritus, a la tormenta y a la lluvia, porque en esta casa hay dolor y pena en la noche vacía/ El negro toro niega que el mundo resplandece/ Lo pisotea y lo quema con los ojos/ El espacio cede, rechazado por ÉL/ Vienen el Jefe Civil y Briceño a echarnos de la casa, a saquear la caja de mi padre:

<¿a quién acudir? ¿a la policía? ¿al ejército? esos también son cómplices, y a lo mejor nos matan/ ¡Betty! ¡Espanta los perros, Betty! ¡Betty! ¡Help me! ¡Policía! ¡Policíaaaaa!>

Yo tenía una caja de hierro llena de monedas/ Hasta dinero americano/ Hasta dinero inglés tenía/

*Pero ¿ésa era MI caja?
Tenía grabado mi nombre/*

¿Pertenece al legítimo dueño o a su heredero?

CUADERNOS DE LA DISOLUCION

Rupturas

¿Cuándo ocurrió esa ruptura que permitió el acceso de esos visitantes que atormentan y trasmutan la vida del don? ¿Son fantasmas: espectros de seres que vivieron? ¿son evocaciones del inconsciente? Allí están ya. Comienzan a atormentarlo y él se defiende: *Padre Nuestro que estás en el Cielo, Santificado sea Tu Nombre, Venga a Nos Tu Reino*, dice, y mi tía Leticia le grita desde el comedor que se calle, porque va a despertar al niño, y después quién aguanta el llantén, pero él sigue, inclemente: *Hágase Tu Voluntad, así en la tierra como en el cielo, dános hoy nuestro pan de cada día, y perdona nuestras deudas*, y mi tía se levanta trabajosamente de la hamaca donde pasa el calor *como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, mi tía se va arrastrando hasta la puerta del cuarto y le dice **cállate** y él: *y no nos dejes caer en la tentación y libranos del Mal. Amén. Dios te salve, María* y mi tía se exalta y grita: **¡cállate cállate cállate cállate!** y yo pienso [mas no digo]: **déjelo quieto**, y él dice: *Betty: ¿cómo es que dice el Magnificat...? ¡Bollo! Dime el Magnificat...!* y tú, vieja, *cállate tú, ¿cómo quieres que deje de rezar si andan esos bichos rondando por ahí? ¿qué me importa que tú digas que son imaginarios? ¿qué me importa si ustedes no los ven? ¡Betty: ven a salvarme!*

Le llevo la comida, le llevo agua fría endulzada con papelón, le llevo las pastillas que el doctor le mandó. El don come y bebe ávidamente. Mi tía lo mira un rato desde la puerta. Creo que quiere decir algo, pero se contiene. Entonces, se va.

Yo me quedo y veo al don atragantándose, desesperándose por comer y beber. Después, poco a poco, las pastillas van haciendo su efecto, y él va entrando al reino de los sopores. Retiro los platos sucios. Barro los restos de comida del piso. Riego desinfectante. El don rezonga. Su sueño es inquieto. Lo siento removerse mientras saco los cuadernos para escribir el día de hoy.

primera epístola de eloísa

San Alejandro, 30 de junio de 1987

Señor

Roberto Mariscal

Coyoacán

México

Querido Roberto:

Seguramente te habrá extrañado la decisión tan inesperada de salir de viaje, dejando tantas cosas en suspenso. En principio te diré que no voy a hacer el guión de la película de Fernando, porque él merece un buen trabajo que en los actuales momentos no estoy en capacidad de realizar, y también porque no tengo la necesidad económica perentoria, que sería una causa de fuerza mayor para ponerme a trabajar en el asunto.

Yo le estoy escribiendo para decírselo, sin herir su susceptibilidad, que tú sabes es extrema, y me gustaría que argumentaras cerca de él en mi favor.

Tuve que venir porque me sentí comprometida moralmente. De manera harto azarienta, el doctor Farías, excelente y humanitario abogado de esta ciudad, localizó mis señas y me escribió para decirme que los hijos de mi hermana Isabel se encontraban en situación de abandono. En realidad, ella salió de viaje desde hace más de dos años, hacia las zonas mineras, dejándolos con una familia de amigos que los trata muy bien, pero cuyos recursos son limitados.

En vista de que los niños necesitaban ir a la escuela, recibir cuidados médicos y buena alimentación, pensaron que sería buena idea vender la antigua casa de mis padres, ya que mi hermana les había otorgado algunos poderes y la idea de que era factible hacerlo, pero se encontraron con que disposiciones legales estipulaban que la casa me pertenecía. La idea del doctor Farías era que yo autorizara la venta y entregara parte del dinero para la manutención de los niños. No me pareció injusta la propuesta, y aunque pude haberlo arreglado desde allá, decidí venir a cumplir una cita tan largamente postergada.

Después de un viaje bastante rutinario, llegué a San Alejandro. Desde el hotel, me puse en contacto con el abogado, quien me acompañó en las múltiples diligencias relacionadas con el caso: conocer a los niños y la familia que los tiene, ver la propiedad, revisar los papeles, además de que él y su esposa me han servido de guías en una ciudad en la que me siento totalmente extranjera.

En cuanto a la casa, me pasó lo que a todos: la vi más pequeña de como la recordaba, y me dolió el espectáculo deprimente que actualmente presenta. Está fea, despintada, con los muros húmedos y llena de malezas y animales. El doctor Farías encontró un comprador al que le interesa el terreno para construir un edificio, y hemos llegado a acuerdos parciales para depositar el dinero que se obtenga de la venta en un fideicomiso a beneficio de los niños.

La familia que los tiene es muy amable: tienen otros tres, propios, y, sin embargo, no aceptaron proposiciones en el sentido de llevar los niños a un colegio, internos. Los niños son dos: varón y mujer. El varón tiene algo así como cinco años, y es muy delgado y frágil; la mujercita tiene nueve años, y es muy despierta y habladora. No sé si se parecen a su madre o a su padre, porque ignoro el aspecto de ella en la actualidad, y de la parte masculina, no se sabe nada.

Te contaré algo sorprendente relacionado con esta visita: mientras recorríamos las ruinas de la casa, encontramos en el fondo una construcción más reciente: un pequeño cuarto donde estaba un hermoso armario antiguo de madera labrada que perteneció a la familia de mi padre y que yo creía desaparecido. El armario tenía la llave en la cerradura, y abrí por curiosidad. Dentro, había un espectáculo inesperado de pulcritud y orden, absolutamente incongruentes con respecto del deterioro general.

Abrí las gavetas una por una. Todo estaba doblado, limpio, y lleno de un vago olor a lavanda, aunque eran prendas muy usadas en su mayoría: sábanas, toallas, pijamas, manteles. Y también estaban los trajes de papá y sus sombreros, resguardados en bolsas de plástico fuerte. En la última gaveta, había un paquete muy envuelto en papel manila y hule, donde había un rintero de cuadernos escolares numerados y fechados, dirigidos a mí.

Créeme, porque yo misma no me repongo de la impresión. Los cuadernos estaban escritos en la hermosa caligrafía de mi madre, pero firmados (o identificados) por Betty, una muchacha que era hija de mi tío Martín Cedeño, y que por lo visto vivió aquí durante

mucho tiempo. Contienen anotaciones varias, transcripciones de monólogos que, presuntamente, eran de mi padre, enajenado en su vejez, copias de notas de libros, cuentos, poemas y recortes de prensa. Betty no sólo recogió en sus cuadernos la vida familiar posterior a mi partida, sino que, con increíble sentido de lo histórico, resguardó los álbumes familiares, y un medallón muy bello y valioso: una verdadera antigüedad que perteneció a mi abuela, Elizabeth Shelley.

Sé que te parecerá una locura, pero he decidido quedarme un par de meses para ver qué puedo recuperar de toda esta historia. A lo mejor ésta es la manera de organizar mis fantasmas.

Salúdame a todos por allá. Los recuerdo y extraño mucho. Un abrazo de tu,

Eloísa

MATA EL CARACOL

Looking into the heart of ligh, the silence,

The waste land/ELIOT

*Escucha, papá: siente las voces. Es un contrapunto en el que se cuenta la historia: las voces contrastan: hay un ritmo extraño: **lento rápido otra vez lento menos lento menos rápido vertiginoso**: así se prolonga el despliegue de las versiones.*

*Escucha, papá: en el reproductor suena la **Milagro**: terra incognita. La audacia del viejo Haydn vibra sobre el mundo, entre las ruinas de esta casa que se derrumba inevitablemente a mi alrededor: no importa cuánto la apuntale, no importa cuánto combata los insectos que la carcomen, no importa cuántas veces recorte la maleza para mantenerla a raya.*

Todo lo que expresa Haydn toca una fibra de mi propia existencia: viaje aventura exploración: un sistema de migraciones movilización perpetua compleja estructura de metas posibles rodeadas de redes de relaciones secundarias.

Siempre he envidiado a los caravaneros: esos camioneros que se detienen en cualquier parte y cuelgan la hamaca debajo del camión, si el tiempo está caluroso, o se encierran en la cabina, si hace frío. Encienden la radio o el tocacintas y duermen, escuchando la música de su preferencia, mezclada en la madrugada con esos mensajes secretos que transmiten los locutores insomnes.

*Y ahora, escuchando a Haydn, sé que lo decisivo para recuperar esta historia no reside en el contrapunto de las voces, sino en la resonancia del **TODO**: esas explicaciones que es preciso dar para construir una historia coherente, y, hasta donde se pueda, **real**.*

Porque, aunque la casa se derrumbe y yo sienta que no me alcanzan las horas, ni la fuerza (porque yo me estoy sintiendo envejecer en esta atmósfera densa de calor, de humedad, de recuerdos contenidos, de relatos inconclusos) es necesario hacer el intento de dejar una orientación, una especie de mapa vital para que el que lo desee pueda regresar al HOGAR, que es el objetivo último de Haydn, y también de todos nosotros.

[Aunque...¿qué es el HOGAR?]

*De hecho, la sensación de estar suspendidos en el aire, sin base de sustentación, se produce tan pronto como se abandona el registro inicial del contrapunto: ese juego entre **tónica**, **dominante** y cualquier otra cosa: **coral**, por ejemplo y la incertidumbre se acrecienta a medida que uno se va alejando del **centro**. El **suspense** tiene que ver, pues, con la pérdida del HOGAR, con un viaje por tierras extrañas, con una aventura de tonalidades insólitas, nunca inéditas. Y ese estado de suspensión se amaina cuando se percibe en el horizonte la cercanía del retorno a La Casa.*

*Pertenece, sin embargo, a la **Milagro** y a Haydn, esa posibilidad que esta música brinda: el vislumbre de la acción redentora.*

*Pero, claro, sin **happy end** (aunque todo final es siempre feliz). Y todo esto que contamos es simplemente un drama. Por mucho que yo lo desee, no llega a ser tragedia, papá, sino que se queda en los interrogantes de la sangre.*

EL ARTE DE ENMASCARARSE

Sueño con una casa alta cuyas ventanas daban hacia el mar/ Abro los ojos/
Espío
el mundo que pasa a mi alrededor
Recobro la redondez del universo
y lo primero que reconozco
es la respiración gruesa de Betty/
Esa respiración tiene el poder
de dividir en dos el mundo que habito:
de un lado están los que me torturan
los que me persiguen
los que me roban
los que me niegan
y del otro está **ella**
con su lástima que me humilla
y me reconforta/

Pobre Betty, que comparte conmigo
el desgaste
y la podredumbre

Ella ha aprendido a ver con los ojos de mi memoria/
Ella evoca conmigo mis recuerdos/ Sueña mis sueños
hace suyos mis fantasmas familiares
los pedazos de mi vida/
Sólo me quedan pedazos/
Perdí la capacidad de enfoque global/
Impugné lo visible como forma de conocimiento/
Y todo se me convirtió en mancha/ fragmento/
laceración de color/

¿Tú sabes, Bollo, cómo se ven las cosas cuando se tienen cataratas? No es la ceguera total, sino como una opacidad/ Por la luz sé del tiempo/ Distingo luces y sombras/ Pero también puedo distinguirme a mí mismo/ Figura amorfa, capaz de simular ser otros/ pendejos los que creen el cuento de que los

*fantasmas vienen y se posesionan de todo/ Soy yo mismo/ Yo mismo, Bollo/
Tú también eres Yo y lo sabes/*

Mamá nos contaba un cuento:

Había una vez un venado que, atrapado en una trampa, y para salvarse, hizo creer al cazador que estaba muerto desde hacía mucho tiempo. Simuló, no sólo la muerte, sino también la descomposición. Regó tierra con las patas. Arrancó hierba a su alrededor. Dispersó su excremento. Se acostó. Sacó la lengua. Hinchó el vientre como si estuviera lleno de fermentos pútridos. Se puso tan rígido que hasta las moscas se le pararon encima, y ya los gallinazos sobrevolaban y se disponían a devorarlo cuando el cazador llegó y lo desató. Entonces, de un salto, el venado salió huyendo.

¿Entiendes, Bollo? Así era mamá: una simuladora/ No presencia/ Se la pasaba diciendo que el dinero no hacía la felicidad y despilfarró la herencia que papá nos dejó: se la entregó al tal Briceño para que la administrara y ella se fue con mis hermanas y nos dejó a Ernesto y a mí atados de pies y manos, sin voz ni voto, ni modo de escapar/

Pero escapamos/

Y cada uno hizo lo que tenía que hacer/

El Dinero No Hace la Felicidad, decía mamá/ Pero cuando se me acabó el dinero, se me acabó todo:

la familia

los hijos

aquella mujer llamada Irene, que olía a crema de almendras y me esperaba todos los miércoles/

hasta la luz de los ojos

y la salud del cuerpo

se me acabó el mundo/

A veces siento en el aire la presencia de mis hermanas: vienen Anateresa y Anaisabel vestidas de muselina y olorosas a colonia/ Viene también mi hija Eloísa/ Vienen mis hijos: Jorge, Eduardo y Alejandro/ Todos regresan/ Me miran sin afecto, pero sin desgano/ Están aquí/ Viene mi hermano Ernesto:

del bombillo encendido salen todas esas figuras y se van proyectando como una película que envolviera todo el cuarto/ Pero ninguno de los de esta casa puede ver lo que yo veo/ Son unos pendejos/ No tienen recuerdo/ Ni sentido de la historia/

*Será porque cuando uno recuerda
la soledad es más larga*

Y más amarga

*Soledad sin consuelo/
Soledad sin mapa y sin medida/ Exterminados mis ojos a fuerza de
recordar/
Derramados sus humores por no derramar lágrimas/
Vuelto ceniza el cuerpo/*

¡Qué soledad más profunda!

¡Qué atroz!

*Ah, si quedara algo de nosotros, de nosotros mismos/
Ido ya el astro, sus dos alas crecieron por el cielo/
y en un instante solamente...*

¡pasaron mil años!

Y es que la soledad es una plaza donde los pájaros no anidan y desvían su ruta migratoria y no desciende el pólen/

[Estoy loco]

Las horas caen

lentas

siguen

cayendo

en el pedregal

del fondo

bajo el puente:

basura

en el basurero

Forman

años

meses

semanas

días

¿horas?

recuerdos borrosos

sábanas rotas

autobuses en tránsito

mujeres

placitas de pueblo

vestigios

Un día decidí volverme loco/ Sólo de esa manera me podía liberar de la soledad y la lluvia y la vejez y la desesperación/ Aterosclerosis cerebral - dictaminó el doctor- Senilidad -dijo otro- / Senectus: Hombre del Senado/ Suena bien: Senador Francisco Mata (dijo Melús, que es uno de los que me acompañan): le presento a Bollo, su sirviente/ Y llueva, truene o relampaguee, salga el sol o caiga la noche, él estará con usted: allí, déle que déle, abriendo las ventanas hacia el mar de Macuto, haciéndole los mandados, avisándole si pasan los barcos o si se acercan los enemigos/

Por cierto, ese Melús es extranjero y quiere casarse con Betty para arreglar su situación legal/ Yo le digo a él: -Deje en paz a esa muchacha, que es muy buena y decente, y búsquese una putica barata de la barra de La Soledad, para que se case con usted y le solucione el problema/ Y le digo a ella: -Piense bien, Betica, a quién se lo va a dar/ Mire que ya yo soy viejo y no podré defenderla si el tipo que la coge es un patán/

Ella se ríe/

Soy capaz de no morir/ Haré como el venado/ No importa lo que digan los demás, que si el reloj biológico y todo eso/ A menudo vienen unos individuos con sus intimidaciones/ Se paran en la puerta y me hablan desde allí, por temor a que les dé un bastonazo/ Me dicen que arregle mis cuentas con Dios porque pronto me voy a morir/ Yo les contesto: -Hijos de Puta: ¿qué cuentas voy a arreglar, si pago a tiempo y sigo pagando? Yo también soy hijo de Dios ¿qué quieren ustedes? /

Bollo y Melús y Betty dicen que yo soy santo, porque veo a los ángeles/ Dicen que después de muerto haré milagros/ Yo no sé si soy santo, ni me importa/ Pero en verdad en verdad os digo que con gusto daría, si la tuviese, una posición tan gloriosa, a cambio de un trago de café caliente/

TERCERA PARTE

REFLEXIONES ANTE UN ALBUM DE FOTOGRAFIAS

1912, 17 de octubre

¿Qué estás sintiendo, qué siente un niño de doce años ante la muerte de su padre, sobre todo si ésta ha sido tan súbita: relámpago: visto y no visto: oído y no oído?

Un día él entró, como siempre: alto, sólido, macizo, sanguíneo, y otro día estaba pequeño, frágil, inconsistente, pálido, dormido en una caja de madera pulida, con asas doradas.

En el entreacto, un silencio se fue extendiendo por toda la casa: las mujeres andaban descalzas sobre el enlosado, hablaban en murmullos, llevaban a los niños pequeños al patio trasero, les daban de comer distraídas, comentando en medias expresiones que, de todas maneras, ustedes no deseaban captar, y llevaban bandejas con comida a tu madre y tus hermanas mayores.

Pensaste, quizá, en que todo eso terminaría con el llanto de otra criatura. Viste pasar al doctor, a innumerables ayudantes. O quizá era que tu madre yacía con sus terribles dolores de cabeza. La habías visto muchas veces, recostada en sus almohadas, con sus camisones de seda blanca adornados con pasacintas de encajes y cintas de satén. Habías aspirado en su cuarto los olores de eucalipto y alcanfor y cuernoociervo, y habías oído las oraciones rezadas con ese ritmo monótono y triste del ánimo curativo. ¿Cuál daño, cuál mal espantaban esta vez? Tu madre, la enferma: la sempiterna agraviada, la que se despedía de cada barco que partía del muelle.

Más tarde, cuando jugabas en el salón con tus soldados de plomo, viste llegar al padre Quintiliano y a Quintín, el monaguillo, de quien decían que era su hijo. Todo el mundo se arrodillaba a su paso. Algunos visitantes llegaron a esa hora, y a los pequeños los desalojaron del salón, los llevaron al patio, los dejaron en la libertad del aire libre, mientras la casa se iba llenando de misterios.

En la madrugada, escuchaste vagamente el llanto. Al amanecer, tu tía Teotiste los despertó, a tí y a tu hermano, les ordenó que se pusieran los mejores trajes (¿aquellos que usaban para ir a casa de Eulalia?), y les cosió a cada uno un pequeño lazo negro en la manga izquierda. No te atreviste a preguntar nada, porque tu tía se veía temible, con la cara roja y los ojos llorosos. Y tu hermano te miraba con los ojos enormes de sus siete años, esperando una explicación, una respuesta.

Cuando llegaron a la sala grande, viste a tu madre sentada en su sillón favorito, rodeada de mujeres solícitas que le estrechaban la mano, le limpiaban la frente, y supiste entonces que no era ella, después de todo, y por esta vez, la protagonista de todo ese descalabro, que los sacaba de la cama y los llevaba a enfrentarse con visitas, sin haber tomado siquiera un trago de café. Y cuando, después del desayuno, los llevaron otra vez a la sala, allí estaban la caja oscura, y los candelabros con las velas encendidas, y los reclinatorios con almohadillas de terciopelo morado, y la mesita con un cuaderno grande abierto de par en par, para que escribieran en él los visitantes, supiste que tu padre, a quien no hubieran creído nunca capaz de producir semejante escándalo, era el verdadero protagonista, ocupando un sitio que le correspondía tal vez por derecho desde mucho tiempo atrás.

Aunque tampoco parecía cierto que ese extraño dentro del ataúd fuera tu padre.

*Demasiado tranquilo. Demasiado inofensivo. Despojado de su fuerza, de su poder y su sensualidad. Despojado de su sagrada violencia y de su ironía. Era, de alguna manera, él, claro: correctamente vestido y peinado, los bigotes elevados con goma, la leontina de oro cruzándole el pecho, y perfumado con agua de colonia. Pero dormido. No-padre ya. No-gente: nada. Y tu madre gemía a veces diciendo: **oh God, oh my God, oh my God, oh my God**, en la lengua de su casa lejana. Extraño giro de las cosas. Cambio de decorado. Tan bueno que era. Tan noble y generoso. Tan tierno y considerado. Y tú, abrumado por el olor de las flores y de las velas derritiéndose. Aturdido por las voces y por el hecho de no haber comido casi en todo el día, te escapaste de la sala y arrastraste contigo a tu hermano Ernesto y a tu primo Roberto, y se robaron de paso unos bocadillos y una jarra de ponche de la cocina, antes de irse a esconder entre los arbustos del patio.*

El alcohol te hizo ver con insoportable claridad a tu madregallina y a tus pollashermanas cacareando junto con otras hembras del gallinero. Los galloseñores se reunían en los rincones para hablar de sus negocios pendientes o para jugar discretamente a las cartas. Tu padre estaba tendido en su caja.

*Las sirvientas pasaban con bandejas de quesos, de café, de chocolate, de pasteles. Se oía el murmullo de las rezanderas: santa maría madre de dios ruega por nosotros los pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte amén y el sollozo/gemido de tu madre, cada vez más espaciado, más cansado: **oh my God, oh my God, oh my God***

Tu papá se murió, dijo Roberto, sonriendo con crueldad. Gato-Roberto. Y Ernesto rompió a llorar. Ahora va a venir por las noches y te va a jalar por los pies, va a quemarte

las orejas con tizones que traiga del infierno, te va a chupar la sangre, y *Ernesto lloraba más fuerte*. Y no solamente eso, sino que ahora son huérfanos, y van a ser pobres y tendrán que pedir limosnas frente a la iglesia, y *Ernesto ya gritaba cuando te paraste y le dijiste a Roberto: -Cállate, hocicón, ya listo para trompearlo, justo cuando Benedicta, una de las sirvientas, los encontró, y mira en qué estado están estos niños, válgame Dios y los agarró por los bracitos con tantos problemas que tiene la señora, y ellos dejándose llevar por sus malos instintos y los llevó al baño, les restregó la cara y las rodillas. Y ya en el baño, al contacto con el agua fría y el olor del jabón azul, te vino un mareo y vomitaste, y Ernesto y Roberto también vomitaron. Indignación de Benedicta: imagínense: ni los vómitos del difunto tuve que limpiar, y ahora estos niños me hacen esto: si don Francisco estuviera vivo los hubiera cuereado bien. Sentiste entonces -por encima del mareo y la debilidad y los olores del vómito- una alegría infinita, un gran alivio: una brisa liviana que te levantaba sobre un campo luminoso y florido, una gran victoria sobre el mundo: tu padre había muerto: ya nunca más podría castigarte, ni pegarte, ni gritarte, relumbrando todo él en medio de las llamas de su cólera. Había muerto: gracias a Dios.*

1898, 15 de mayo

Tu padre y tu madre en los trajes de boda tradicionales. Ellos se conocieron en Puerto España, adonde tu padre, que era un comerciante rico, iba a atender sus negocios. Tu abuelo, George Shelley, había estado en el Ejército Colonial de la India, donde llegó a ser Oficial de la Guarnición de Bombay. Luego se casó con Meru Elizabeth Nagle Nehru, dama de una casta ilustre, hija de un hindú y una inglesa. Su matrimonio, no obstante, fue objetado a causa de las cuestiones políticas, y Shelley fue destinado a Puerto España como Jefe de Aduanas. Allí nacieron sus hijos: George, quien murió como un héroe en la Guerra del 14, y Elizabeth.

Los Shelley aceptaron de buen grado los galanteos que tu padre, Francisco Mata Mejías, hombre maduro y próspero, le hacía a su hija, muchacha neurasténica y sensible. El la llamaba Isabel, españolizando su nombre, y la asediaba con regalos y lisonjas que vencieron los prejuicios, el miedo y el romanticismo de una joven que, influída por las lecturas de novelas románticas, deseaba casarse por amor. Había sido rigurosamente educada en un internado de San Fernando, y durante algunos años, pasó los veranos en una propiedad cerca de Nottingham, en Inglaterra, donde era enviada por misteriosos parientes y atendida por institutrices de postín. Pero en algún momento, esta situación se interrumpió, y con ella el brillante futuro que le habían prometido veladamente.

Cuando se casó con tu padre, tenía dieciocho años, y era limpia, compuesta y bien educada. La familia de los Mata, aun a sabiendas de que el hermano se había casado con una trinitaria, esperaban que fuera una muchacha rubia y pálida. No esperaban, en verdad, aquella joven con aspecto un poco masculino, con la piel cetrina, los cabellos negros y los ojos verdes y redondos que heredarían sus hijos. Tenía los pómulos bien marcados en el rostro huesudo. La boca grande. La nariz recta, pequeña y afilada, que levantaba como si estuviera olfateando un peligro. La boca fina y el gesto duro y decidido, un poco cruel, de su padre. Tenía también las manos fuertes y grandes, como hechas para sostener las riendas de un tronco de caballos fogosos.

Tal vez sí esperaban el carácter altivo, el desdén que no lograba disimular ninguna cortesía. Se había esforzado en aprender a hablar bien el español, pero esperaba que los de su alrededor, por cortesía hacia ella, se expresaran también en un correcto inglés. Sabía tocar el piano y el clavecín, y esperaba de ellos que supieran sobre Haydn y Mozart y Chopin y Bach. Como era un espíritu inclinado hacia lo religioso, se convirtió pronto al catolicismo, pero lo practicaba mezclado con toda clase de ritos indígenas y hechicerías.

Gustaba de leer poesías y recibía semanalmente los periódicos del país y de Inglaterra, pero se negaba sistemáticamente a asistir a las veladas culturales de Macuto. Todo eso le ocasionó fricciones no sólo con su parentela política, sino también con las familias encumbradas del pueblo, que la consideraban escandalosa, herética, poco elegante y conflictiva. Algunos incluso llegaron a decir que estaba loca.

Desde Puerto España se había traído a June, quien había crecido con ella, y que la ayudó a mitigar la pena y la nostalgia. Era víctima de depresiones cíclicas que la encerraban en su cuarto, cerrada a la luz. Dichas depresiones solían derivar hacia crisis de fiebre y dolores de cabeza. June, quien creía firmemente en maleficios, encantamientos y hechicerías, solía atribuir esos síntomas a las malas influencias, por lo que la hacía bañarse con agua de cuernoociervo y múltiples esencias.

Cuando descubrió que tu padre le era infiel con cuanta dama de buen ver se cruzara en su camino, y que le interesaban más las veladas en el club que las sencillas delicias de un hogar cristiano, comenzó a alejarse de él, y a detestar las cosas que a él le gustaban. Por sobre todas las cosas, odió el dinero, al que consideraba causante de todas sus desdichas. Se negó a tocarlo, por lo que dejaba la administración de la casa en manos de June y las sirvientas.

Quizá por la misma razón, demostraba un rechazo visceral por los hijos varones, a los que consideraba continuadores de la imagen del esposo y de su estirpe: cómplices de sus vagabunderías: reproducciones exactas del macho copulador, prepotente y mentiroso. Pero algún deseo debió sentir, por encima de las desventuras, reales o ficticias, pues no sólo tuvo tantos y tan seguidos hijos sino que, después de haber jurado mantener a tu padre lejos del lecho conyugal, cuando descubrió el asunto con Eulalia, en algún momento flaqueó su voluntad, y así nació la pequeña Melissandra, con lo cual admitió una resignada convivencia con la amante, y asumió una actitud de amor hacia tu padre, de manera tal que pudo, a fin de cuentas, realizar bien su papel de viuda sufriente.

La edad la había hecho, sin embargo, más radical en sus decisiones, y la primera de ellas, cuando la muerte del marido la obligó a tomar las riendas del hogar, fue apoderarse de la imagen del difunto y convertirla en la portadora de todas las virtudes: inteligente, honesto, digno, amoroso, considerado, y, sobre todo, fiel, no permitía que nadie desdijera de esa versión, aunque para ello tuviera que borrar el nombre de Eulalia de este mundo.

Le ofreció a la concubina dinero suficiente para que se fuera a otro pueblo, y eliminara del recuerdo de la gente su oprobiosa presencia. Pero Eulalia se empeñó en quedarse, y los domingos se cruzaban en el atrio de la iglesia, después de la misa, como naves enemigas en el vasto océano, y, más raras veces, en las veredas del cementerio, alguna tarde en la que coincidían en sus visitas al difunto. Si bien Eulalia no tuvo hijos de tu padre, a ustedes los trataba siempre con cariño y deferencia, de tal modo que incluso tus hermanas acostumbraban a visitarla a escondidas.

La segunda decisión fue la de apartar a los varones de cuestiones mundanas, pecaminosas y terribles como el dinero y las mujeres de vida fácil, para lo cual los alejó del negocio paterno, que puso en manos extrañas, y les dio una vida de encierro que poco a poco fue generando pendencias e irritación entre madre e hijos. Ustedes no sólo resentían el alejamiento de la sociedad, y del resto de la familia, sino que veían cómo Briceño, el administrador nombrado por la madre, utilizaba en su provecho el patrimonio de don Francisco Mata.

Ciertamente, seguían bajando las recuas desde El Cojo y Galipán, cargadas con los productos de la casa. Pero las mercancías del almacén desaparecían misteriosamente, en tanto que se veían los nuevos signos de la prosperidad de don Briceño. Los tíos y tías estaban alarmados, y hablaban con tu madre, sin obtener ninguna acción concreta. Porque doña Isabel Shelley de Mata apelaba a los derechos absolutos que le daban esta fotografía, y los papeles legales que la respaldaban, para imponer su voluntad y su capricho por sobre las cosas del mundo que tu padre, su marido, le había dejado íntegramente.

1912, 17 de octubre

*Elizabeth N. Shelley se llamaba mi abuela. En esta foto, aparece rodeada de todos sus hijos, al lado del catafalco que elevaba el ataúd del marido muerto. Se ve una mujer joven aún, llevando una viudez digna. Muchos años después, llegué a conocer a Anateresa, su hija. En la foto es una muchacha espigada, de facciones hermosas. Cuando la vi era una anciana blanca, de espalda erguidísima y ojos verdes. Vivía en una modesta casa llena de flores. Me miró con atención cuando le dije que era su sobrina. **¿De quién eres tú hija? ¿De Ernesto?** Y cuando le aclaré que no, que era hija tuya, me miró con expresión extraña y dijo **-Te pareces a mamá, aunque ella era más blanca y tenía los ojos claros.** Y no sé por qué sentí, en su tono y la ambigüedad de sus palabras, un velado reproche, un frío enorme, un terrible desprecio.*

Y era que esa mujer era como tú, papá. Todo su ser exudaba la soberbia del saber que tiene que pagarse todo y se tiene con qué. Y no se trataba de dinero. Porque aquella mujer lo manejaba con repugnancia. En tanto que tú, padre, lo tratabas con placer. Yo tenía trece años cuando aprendí que todo en la vida tenía un precio: a esa edad me llamaste, y me sacaste la cuenta de lo que costaba alimentarme, vestirme y educarme con decoro, y hasta con lujos, dijiste. Y ese mismo día me exigiste la cuota de pago: debí trabajar para tí, y sentir que ganaba lo que me dabas. Aprendí a alimentar los pollos de la granja. Aprendí a llevar la contabilidad del negocio. Aprendí que en esta vida nada es gratuito: ni los sentimientos, ni los objetos, ni los actos. Nada.

¿Debo agradecerte por eso?

[Estoy en esta habitación que aún no he terminado de convertir en algo habitable. Siempre pienso en la posibilidad de irme, y quizá eso influye en su carácter inconcluso. Los libros están en el piso, recostados de las paredes. Hay algunas fotografías, algunos carteles que recuerdan sitios amados. Hay una mesa, una máquina de escribir y abundante material de oficina. Hay fichas verdes, rosadas y blancas, donde clasifico la información. ¿Quién eres? ¿Quién fuiste? ¿Quiénes somos? Hay una cocineta y una pequeña nevera. Todo lo que necesito. Quizá no he estado comiendo bien. Me siento aturdida, deshidratada. Tomo un vaso de leche fría con afrecho. Un viento de lluvia agita los papeles. El viejo album de fotografías me pesa sobre las piernas. Es negro, pero tiene una pátina amarillenta. ¿En qué me he convertido? ¿En la terca amanuense de estas desgracias? Porque

1920, 14 de agosto

*Joven con pajilla y bastón. Plaza Bolívar. Te imagino llegando a la ciudad en tren. Bajándote en la estación de Caño Amarillo. Llegando a la Pensión Familiar **Santa Rosalía**, frente a la iglesia del mismo nombre, tal como te lo recomendara don Rafael Santiago, panadero amigo de tu padre, quien te dio, además, una carta de recomendación dirigida a don Julio Abreu, también panadero, quien te dio un empleo, un sueldo, te enseñó el oficio y te permitió dormir en el cuartico detrás del horno, mientras te acomodabas. Tuviste que irte de Macuto, porque todo el mundo te miraba con lástima: tu madre y tus hermanas ya no estaban, tu hermano Ernesto tampoco, y el Briceño se estaba descarando en sus saqueos, precisamente porque consideraba que tú no podías defenderte. La familia de tu padre tampoco te trataba, porque, aun siendo el mayor de los varones, no habías sabido enfrentarte a tu madre, y defender la herencia familiar. Tan poderoso que había sido Francisco, y mira ahora, decían, a su familia en bochorno, rumbo a la miseria. Así que tuviste que emigrar. Eulalia te entregó sus ahorros, y te apoyó. Te consiguió esas relaciones fieles de tu padre, y te impulsó en el propósito. Ya trabajando en la capital, conseguiste otro empleo, más acorde con tus ambiciones, con don Guillermo Hoffmann, en unos laboratorios, y eso gracias a que sabías inglés y tenías habilidad para las cuentas. Ascendiste en esa empresa. Ahorraste hasta tener para comprar una casita. Y hubieras seguido por ese camino si la adversidad no te hubiera tocado de nuevo. Los laboratorios cerraron y tuviste que recomenzar, esta vez en la ferretería de los Aranguren, donde también ascendiste a fuerza de disciplina y trabajo.*

¿Fue por esos días, papá, cuando la ciudad comenzó a cambiar? Un día pasabas por una calle, y allí estaban las casitas con sus jardines, sus aljibes, sus techos rojos, sus gallinas y sus mujeres que lavaban en bateas públicas, comentándose los chismes, cantando o riéndose a carcajadas, mientras los niños correteaban por todas partes. Y pasabas otro día, y todo eso se había convertido en un montón de escombros, con máquinas rugientes silbando, trozando, aplanando. Y volvías a pasar y ahora había una hilera doble de edificios de concreto y aluminio y vidrio, con entradas asépticas. Y la gente ya no hablaba en las calles sino en voz baja, nadie reía a carcajadas placenteras, ni los niños corrían, sino que iban de la mano de sus cuidadoras uniformadas de azul, por temor a los automóviles. Y no había gallinas, sino perros que ensuciaban los árboles escuálidos que crecían en huecos dejados en las aceras, para conservar una ilusión de vida.

1943, 29 de marzo

Foto de boda. La novia no está vestida de blanco, porque es divorciada. Lleva un traje sastre muy elegante. Sombrero con velo, ligeramente ladeado. Guantes y un arreglo de flores en la solapa. El novio va de traje oscuro y camisa blanca. Corbata. Cuidadosamente peinado. Flanquéandolos, están los padrinos, también muy elegantes: Carmen Sarabia, costurera. Y Roberto Sánchez Mata, contabilista, dice la leyenda escrita en el revés.

La novia era también costurera en la casa de Genoveva Badaracco, que en esos días se encargaba de hacer los trajes a las damas de postín, y hasta era amiga del Presidente. Era regordeta, morena y saludable. Tenía cierta elegancia, mucha conciencia de la importancia del hogar y la experiencia de un divorcio encima. Le ofreciste una casa, rectitud, y la solidez de tus posesiones. Ella, que tenía ya treinta años, no pensó mucho antes de aceptar.

Después ella diría que no le faltaban pretendientes. Que llevaba una vida movida y feliz, viajando y yendo a los bailes con su amiga Carmen. Que sus hermanos le reclamaban todos los días porque no se buscaba un hombre serio y responsable, y formaba una familia. Y que por eso te aceptó. Y me contaría que para tí ir al matrimonio fue como comprar un objeto útil y decorativo: que la compraste para lucirla de vez en cuando, para que te sirviera y le tuvieras hijos. Y que de alguna manera le hacías sentir todos los días que ella estaba en deuda contigo. Que nunca le hacías una atención, ni un cariño, ni le dabas las gracias jamás por lo que hacía. Y me contaría todo eso en las tardes calurosas, mientras yo la ayudaba a coser los ruedos y a pegar botones de los vestidos que hacía, aunque ella y yo nunca fuimos en verdad buenas amigas. Ella era Leticia Cedeño, mi madre.

1957, 24 de diciembre

Al lado del gran árbol de Navidad, en el sofá, está la familia. Tú y mamá en el centro. Ella sostiene en sus brazos a Alejandro. Isabel se recuesta de su costado, chupándose el dedo. Eduardo está sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. Jorge está a tu lado, parado, muy erguido. Y yo estoy entre tus piernas. Todo brilla. Todo es lujoso y alegre. Hago cálculos: Jorge tenía once años. Eduardo, nueve. Yo tenía ocho. Isabel tres. Y Alejandro, no tenía aún un año. Acabábamos de mudarnos a San Alejandro, y vivíamos en la casa nueva y refulgente.

1959, 13 de junio

Un hombre posa, muy evidentemente. Toda su actitud refleja lo sardónico de su carácter. El fondo de la fotografía es la sala de una casa. Se ven los muebles, los cuadros que adornan las paredes, y una ventana con cortina. El hombre lleva un sombrero de ala ancha, ropa de trabajo, botas de las que se usan para vadear y, colgados del hombro izquierdo, los aperos de minería. Es mi tío Martín Cedeño, a quien llamaban El Cuchillero, en uno de sus regresos a casa.

1964, 22 de mayo

Tú, vestido con un traje blanco sin corbata, el sombrero bien echado hacia atrás. Mamá, con un traje floreado, ajustado en la cintura y a media pierna. Nosotros, con los previsibles trajecitos de los adolescentes de la época, el tío Martín, sin sombrero, sentado en la acera, y el tío Manuel, con un pantalón y una camisa claros y un cinturón oscuro. Todos posamos, ampliamente iluminados por el flash. Sonrientes. El fondo es la calle enguinaldada debido a las celebraciones de aniversario de la ciudad.

En ese tiempo, ya los almendrones del frente habían crecido mucho, y era costumbre adornarlos con bombillos de colores en las fiestas. A mi tío Manuel le encantaban las fiestas de todo tipo, y gozaba preparándolas. Navidad. Carnaval. Pascua de Resurrección. Cruz de Mayo. Crecida del río. Todo era motivo de festejo en aquella casa. Mi tío Manuel era un hombre popular, que trataba con todo el mundo y tenía una multitud de ahijados. Era un hombre bondadoso y juguetón, a quien le gustaba solucionar crucigramas y dameros en competencias con nosotros. También le gustaba la música, y nos legó álbumes enteros de los clásicos, que nosotros aprendimos a escuchar con placer.

Todos los domingos nos llevaba a pasear, según el mismo itinerario: desayunábamos en el Mercado del Paseo con pescado frito, yuca, ensalada y agua de papelón. Después, íbamos al aeropuerto a esperar el avión de los periódicos. Y, finalmente, llegábamos a casa de unos amigos que vivían en el campo, y correteábamos entre los árboles, montábamos a caballo, y nos deslizábamos por las rocas negras hacia las pozas de la laguna.

*Por las tardes, mamá nos llevaba a la misa de cinco, y de allí nos íbamos al cine Dorado, donde veíamos películas de Tammy, o de Joselito, o de Cantinflas, o quizá **La Bella Durmiente** o **La Cenicienta**, en versión de Disney.*

Sin fecha/ ¿1948?

Cinco hombres jóvenes y sonrientes. Tienen un aire animal, salvaje, peligroso, en medio de su alegría. De izquierda a derecha son: Francesco Deffina, Martín Negrín, Giuliano Cardarelli, Martín Cedeño y Manuel Cedeño. Mi tío Martín llegó a San Alejandro más o menos hacia el 47, y se asoció con los dos inmigrantes italianos y con Negrín, que era corso. Después, mandó a buscar al tío Manuel, quien abandonó un buen empleo como contador en la Casa Squibb, y se lanzó a la aventura sin reservas. Pero el tío Manuel tenía una salud precaria, y no pudo aguantar la vida en las minas. Regresó enfermo de malaria, y, con sus ganancias, le compró a la viuda de Ruiz un pedazo de terreno en los antiguos encierros de ganado, y comenzó a construir una casa. Mi tío Martín decidió que fuera grande, mucho más de lo que ellos podían necesitar. Una casa con habitaciones espaciosas y ventanas con persianas de vidrio. Una casa fresca, sembrada en medio del patio arbolado de mangos, guayabos y tamarindos. Mi tío Manuel comenzó a trabajar en la oficina de la Compañía de los ferrys, y cuando su hermano volvió a irse, sobre todo debido a un lance de amores con la mujer de uno de sus socios, aunque también en busca de fortuna, él se quedó para terminar la proyectada casa.

Fue a esa casa donde llegamos, huyendo desde universos conflictivos. Es ésa la que recuerdo como LA CASA de mi infancia.

1960, 23 de febrero

Posas, papá, entre el tío Martín y el tío Manuel. Se ven joviales y unidos, salpicados de papelillos y serpentinas. El gusto vivo por el Carnaval los unía eventualmente, aunque en general fueran tan distintos. Los veo y pienso. No es cierto que llegaras aquí con una mano adelante y la otra atrás. Habías liquidado un negocio modesto, pero sostenido. Habías vendido una casa. Trajiste capital y deseos de trabajar. Aportaste dinero para terminar la casa, para montar la granja. Apuntalaste la ferretería. Trabajaste duramente y sin descanso. Te levantabas cuando aún no había amanecido, y preparabas el café antes de irte. Regresabas por la noche, erguido y tranquilo, con la conciencia limpia. El tío Martín te había hablado de esta ciudad, donde comenzaba a probarse la prosperidad y su signos evidentes eran las nuevas construcciones. Tú habías visto cambiar otra ciudad, y quisiste participar con todas tus expensas en esos cambios. A la vez, nos alejaste de la corrupción y la violencia que tú veías como el gran mal de la ciudad. Trabajaste ¿qué duda cabe? Y si le compraste su parte al tío Martín en todos los negocios. Y si pusiste la casa que construyeron a tu nombre, fue a plena luz y sin trampas. Nadie puede decir que despojaste a los Cedeño. Nadie puede decir que te hiciste rico quitándole las propiedades a los Cedeño. Mi tío Martín despreció siempre la riqueza: ella llegaba a sus manos como un prodigio, y él la depositaba nuevamente en la apuesta de su aventura. Y mi tío Manuel, apegado a la familia, nunca creyó en la distinción de propiedades, y para él no hubo tuyo o mío en esas cosas. Así, aumentaste los negocios. Implantaste las constructoras. Negociaste con talento y habilidad. Diste prosperidad a todo el que te rodeó. No es justo decir que no tenías nada, padre: tenías tu trabajo y tu afán de tener algo. Y el amor por el dinero y la riqueza: ¿acaso el dinero sí hizo tu felicidad?

[No hay fotografías de Betty. Dicen los que la conocieron que era una muchacha robusta y silenciosa, que tendía a pasar desapercibida ¿se llevó sus fotografías cuando partió? ¿no quiso dejarme ni una pista, ni una imagen, ni una certeza de su existencia? ¿o nunca nadie la consideró lo suficientemente importante como para fotografiarla, plasmar su imagen en alguna celebración familiar, en algún intento de completar el instante? Dicen que después de la partida de su padre (partida, por demás, no-anunciada, ni delimitada en términos de duración, días, meses, y que se convirtió en un no-regreso) abandonó los estudios, los escasos contactos con otro mundo diferente al de esta familia y este barrio. Fue servicial y asidua. Las mujeres de servicio que fueron contratando, fueron desertando, incapaces de soportar las extravagancias y exigencias de la familia, y así Betty, poco a poco, fue encargándose de realizar los oficios de la sobrevivencia. Dicen que si Betty la hubiera cuidado, mamá no hubiera muerto tan pronto, tan disminuída y humillada, tan sola, en un catre de segunda y dejada de todos. Tanto orgullo despilfarrado... Tanto...]

MATA EL CARACOL

¿Por qué te entregaste, padre, a la fatalidad? Primero, fue el accidente, la fractura del fémur, la larga estancia en el hospital, y la convalecencia en casa. Dejaste poco a poco de preocuparte de los negocios, y te encerraste con tus miedos. Pasabas mucho tiempo en tu habitación, escuchando la radio: radionovelas, programas musicales, noticieros, juegos de béisbol. Mamá se ocupaba de atender tus cosas, y permanecía fuera gran parte del tiempo. Y Betty, que entonces aún era una niña, iba a la escuela. A falta de interlocutores, todo lo comentabas en voz alta, te acostumbraste a hablarte a tí mismo para no perder la costumbre de usar la voz.

Por las mañanas, salías en la silla de ruedas al solar, y allí, bajo la sombra de los guayabos, permanecías al fresco, reflexivo y solitario. Alejandro aún no se había ido y dedicaba la mitad del día a atender un huerto grande que proveía de hierbas de olor y verduras frescas a la casa. Tú no podías comprender la actitud de Alejandro, su carencia de ambiciones materiales, su gusto por lo primitivo y sencillo. Tampoco pudiste comprender por qué Jorge se marchó hacia países tan lejanos, separado por todo el océano. Nunca te enteraste de la muerte de Eduardo, en los volcanes nicaragüenses, pero seguramente no lo hubieras comprendido. Reconozco que no era fácil. A veces, de alguno de los hijos, llegaba alguna carta, alguna postal, alguna fotografía, que les permitía a tí y a mamá la comprobación de estar en el mundo.

Por esos tiempos regresó Isabel, y pensaste que se podía recobrar lo perdido: la familia, la posibilidad de continuar la estirpe. Isabel se comprometió a atenderte los negocios, y tú, ansioso de tender puentes, le diste todos los poderes. Entonces, Alejandro se fue con El Cuchillero, y mi tío Manuel se enfermó con una bronquitis crónica, y tuvo que internarse en un hospital de la montaña, para ver si se curaba. En tu soledad, en esa soledad de la que te culpaba todos los días mi madre, te arrancaste los ojos y comenzaste a vagar por las memorias.

¿Fueron todos esos abandonos los que provocaron el desgaste, el derrumbamiento de la casa y de los cuerpos de los que allí quedaban? Se secaron las trinitarias de las trojas de entrada y los almendros se volvieron secos, desgarbados y escuálidos. El jardín comenzó a decaer y el huerto se llenó de malas hierbas, que agobiaron las plantas buenas. Desaparecieron las gallinas y los pollos de la granja y murieron los perros guardianes. Nunca más volvieron a encenderse los bombillos de colores y los cables comenzaron a

perder sus coberturas, a desprenderse de sus precarios sostenes, a llenarse de telarañas acumuladas.

E Isabel se fue hundiendo en un pantano que no tenía límites visibles. Gente extraña llegó en su busca: gente que se orinaba contra las tapias del patio, en vez de hacerlo en el baño. Gente que comía con las manos sucias la comida que pagaban tus arcas. Gente que ofendió a mi tío Manuel hasta el punto de acelerar su muerte, amargándolo, desengañándolo de todo lo que él había creído y había forjado. Destruyeron sus álbumes de música, sus colecciones de enciclopedias. Y, sobre todo, destruyeron su sistema de valores.

Porque mi tío Manuel, a pesar de haber sido un hombre festejador y tolerante con todos, tenía un sentido profundo de la corrección y la familia, y, en medio de todo, tenía que incomodarlo el que dijeran que Isabel era una putica encubierta tras sus trajes costosos y sus abalorios finos. Y que dijeran que eso de andar de discoteca en discoteca, de pianobar en pianobar, todas las noches, acompañada de la tal Vallita no era algo decente, sobre todo si implicaba dejar a los niños, cuyos padres fueron presencias rutilantes y efímeras, con mamá o con Betty.

Luego, cuando mi tío Manuel murió, Isabel terminó de descararse. Se apoderó también de su herencia y la dilapidó. Obvió los días de luto para lanzarse a los caminos en busca de una felicidad que la obsesionaba, en brazos del saqueador.

¿Dónde estabas, entonces? ¿Por qué te refugiaste en la ceguera y en la locura?

Buscaste, padre, la fuente de la juventud y de la riqueza, y no la encontraste. Buscaste, padre, la raíz que te proporcionara la vida perdurable. Si sólo hubieras adorado la noche, los secretos que la noche guardaba para tí. Pero te aferraste a la memoria del amanecer.

CUADERNOS DE LA DISOLUCION

Esta es la casa de la que todo el mundo parte. Puerto de donde salen barcos que jamás vuelven. ¿Por qué habrían de volver? Todo aquí está oxidándose. Perdiéndose. Dejándose corroer por la decisión de los elementos. Sol. Lluvia. Viento. Humedad. Todo carcome. Nada hay de misericordia (ni de inmisericordia: es la verdad) en todo eso. Esta es la casa de las partidas.

Todavía recuerdo cuando se fue Eloísa. Es verdad que yo era entonces una niña pequeña en la que la gente apenas se fijaba. Pero recuerdo ese día, porque para mí fue muy importante. Había una fiesta en la casa. Una de esas reuniones de jóvenes que eran tan comunes en esos tiempos. El don llegó de la calle, congestionado y colérico, porque había leído en un diario local que Eloísa daba declaraciones políticas. Es verdad que el don la llamó al cuarto y quizá le preguntó si también ella era comunista. Quién sabe qué respondió, porque él la abofeteó. Nadie se hubiera dado cuenta del incidente, si no hubiera sido porque Eloísa se arrancó el collar que llevaba al cuello: uno de perlas de fantasía, y las perlas rodaron fuera del cuarto del don y se desperdigaron por la sala.

Eloísa salió corriendo hacia su cuarto. El don la siguió y volvió a golpearla. Entonces, ella se lanzó sobre la cama, y comenzó a tirarle zapatos, libros, frascos de medicina, pinturas de uña: todo lo que encontró apto como proyectil se lo lanzó, y el don le dijo que se fuera, que ya no era su hija, ni quería verla, que si seguía en cuestiones políticas ya no era su hija, porque él tenía un solo partido: el del trabajo, y ella lloraba lanzándole cosas, gritaba que no le tenía miedo a la soledad ni a la pobreza, ni a los esfuerzos, y que de todos modos ésa no era su casa, y se iba a ir a vivir su vida, a disponer de sus opiniones y de su libertad, y él salió de allí, derrotado, porque lo otro hubiera sido matar a Eloísa, y no iba a hacerlo. Mi tía Leticia intentaba calmarlos a todos: al don, a los hijos, a los amigos de los hijos, que se iban yendo, excitados y comentando, quizá a mí, que lloraba. Mi tío Manuel estaba ausente. Y mi padre se encerró en su cuarto para no ver ni opinar.

Al siguiente día, ella se fue.

Todo el mundo sabía que Jorge y Eduardo habían andado en cosas de la guerrilla. Dicen que una vez Eduardo mandó a Eloísa, que tenía quince años, con una bolsa llena de granadas y pistolas a San Félix, donde debía entregársela a alguien. Dicen que mi tío Manuel sabía todo el asunto, y lo ocultaba. Y que Eloísa fue, sin preguntar nada, y llegó a San Félix, y el tipo, al que llamaban Reinaldo, no apareció sino una hora después de lo

acordado, mientras Eloísa esperaba en el mercado, confundida entre vendedores y compradores, como en una escena de película medieval. Dicen que en la casa se fraguaban asaltos y se sacaban periódicos secretos en la casita de muñecas que mi papá le hizo a Eloísa e Isabel. Dicen que por eso el don echó a los muchachos grandes y que ni llegó a enterarse de que Eduardo murió lejos y en su ley. Y que por eso mi tío Manuel se fue a vivir a Santa María: porque estaba al tanto de esos asuntos, y en algún momento tuvo miedo de complicaciones mayores.

Lo cierto es que ese día Eloísa también resolvió irse. La tía Leticia le dijo que no se fuera, que apenas tenía diecinueve años, que esperara, que ésas eran cosas que pasaban en todas las familias, que si su papá la quería, y demás. Pero ella igual se fue, jurando no regresar. Consiguió un trabajo. Estudió lejos. Se fue viajando a otros lugares. Y no regresó.

Después de eso, menos traumáticamente, se fue Isabel.

Nadie sabe con exactitud qué pasó. Yo digo que recuerdo, pero tal vez es la versión de la tía Leticia lo que procesa mi mente, lo que crea estas historias. En el periódico, después, aparecían noticias de Eloísa allá, en México. Escribía y su escritura se transformaba en imágenes, escenas: Eloísa La Teatrera: Eloísa y El Cinematógrafo: encontré su libro de **La tempestad** y ella era Próspero. Pero más bien era un Zoo de Cristal el que creaba con sus sueños. O el que yo estoy creando con sus sueños: quizá Eloísa es una excusa. Un aire fiel para mi vida. El viento en mis cabellos. Cuando hablo de ella, sé que saben de quién hablo. Jorge, el Hermano Mayor, se perdió en algún camino del mundo desde donde quizá recuerda estos días, pero a él nadie lo recuerda. Eduardo murió. Isabel se extravió en cada encrucijada. Y Alejandro, más hijo de mi padre que yo misma, se fue con él por caminos que yo añoro.

Mi padre escuchaba tangos. Todos los domingos ponía en el pickup que teníamos entonces: una gran caja de madera con artificios de agujas y brazos y platos giratorios, los discos de pasta que coleccionaba y tenía en un portoadiscos de metal dorado. Entonces, la voz de Gardel llenaba todo el espacio. Eloísa lo acompañaba. Y Alejandro. Silencioso él, habladora ella. Escuchaban y era como una Logia a la que no se podía entrar sin ceremonias. A veces venían los amigos de mi padre: Ricardo Colmillo Alegre, Concetto El Carpintero, Luisa Rodríguez y su hermano Gregorio, y los tíos de Patricia Duarte, cuyos nombres no recuerdo. Todos eran gardelófilos de gran fe. Y Eloísa, en medio de ellos, reía y desgranaba los tangos en su suave voz cantarina. También cantaba boleros. Los que oíamos en el bar del frente: **Bar Vereda Tropical**, se llamaba. Eloísa parecía siempre estar feliz.

No recuerdo haber visto llanto y amargura en su rostro sino esa noche, la víspera de su partida, y por esas razones. Era una muchacha delgada, que gustaba de vestirse con ropas masculinas, desteñidas e informales, y usaba el cabello cortísimo, casi cortado al rape. Mi tía Leticia le criticaba esa forma de ser, y le hacía preciosos trajes que Eloísa se ponía una o dos veces antes de guardarlos, envueltos en papel de seda, en el closet. Iba a las fiestas, y hablaba y cantaba y parecía disfrutar, aunque dicen que no bailaba bien. Era una joven como todas. No especialmente rebelde, ni agitada, ni contestataria. Era tranquila como un ave. Comprensiva y feliz. Pero ¿era así Eloísa? Quizá ella nunca existió. Quizá la inventé para tener un punto de referencia eficaz. Quizá no existió.

Porque hasta entonces se había limitado a llevarle la corriente al don y no contrariarlo. Eloísa había ido acumulando, quizá, los deseos de escapar. Había visto el ejemplo de los hermanos. Imagino que olvidó que yo estaba aquí y la necesitaba. O tal vez era su vida y no quería cambiar. Tal vez me dijo: las niñas no lloran, tienen que pelear. Y sigo su ejemplo: escribo como un arma. No sé contra quiénes, pero la uso. A pulso. Infatigablemente, sin prisa ni pausa, estoy conquistando un lugar a su lado, aunque sé que estos textos quizá están condenados al silencio, a la oscuridad, a la destrucción, antes de que alguien siquiera los descubra. Y mucho menos ella, La Ausente. Y ésa es la historia.

*¿Cuándo terminarás con tus palabras? Me pregunta en el sueño Dios (o su Angel)
Y sigo puliendo, desgastando un idioma ya seco. Hago experimentos para que brote la
vegetación en el desierto. Quiero huir, y, no obstante, un peso mayor que el de la sangre
me lo impide. Trato de ahuyentar los pensamientos de huída, y aceptar con sumisión mi
destino. Pero ¿es mi destino? Veo los fantasmas. Remuevo una cortina. Abro una gaveta
del armario y los encuentro. Oscuridades de bajorrelieve. Me asomo al espejo del baño.
Sobre mi rostro hay otra cara. El don habla en sueños. Anoto sus sueños. Traduzco la
sonoridad de sus sueños.*

CUARTA PARTE

PARA MATAR EL CARACOL

*[Todo, todo
amarillea y cae y huye, con el aire que no vuelve]*

*[Pero ninguno de nosotros quiere estar contigo ahora:
preferimos estar ignorantes y espantados:
ninguno quiere mirarte a los ojos,
porque estás muerto]*

*[Acaso si hubieras adorado la noche,
si hubieras disfrutado los secretos que guardaba
sólo para tí...]*

Y, sin embargo, no seamos demasiado duros, porque el hombre viene al mundo y nada se le obsequia. No seamos demasiado duros si al hombre lo venden o lo compran, o si él debe componerse lo mejor que puede para sobrevivir. No seamos demasiado duros si muere defendiendo lo que posee en vez de morir por un ideal, ni si lo sorprendemos diciendo mentiras, ni si su corazón en ocasiones se endurece como las piedras. No seamos demasiado duros, porque la vida es muy corta y a menudo la muerte alcanza al hombre sin que éste haya aprendido mucho, y se va no mucho más sabio que cuando nació...]

CUADERNOS DE LA DISOLUCION

Hace diez días encontré muerto al don. No fue exactamente como lo había imaginado. El parecía haberse querido levantar de la cama, y estaba recostado de la pared, como si una gran fatiga lo empujara. Tenía ambas piernas hacia afuera, los pies desnudos sobre el piso. Los ojos abiertos reflejaban la luz del día, el verde resplandor de los guayabos del patio que entraba por los bloques de ventilación y todas las hendidias. Fue en la tarde cuando lo encontré, y, aunque no hacía mucho tiempo que lo había visto aún vivo y le había retirado el almuerzo, ya estaba rígido. Un olor frutal impregnaba **hasta la última molécula del aire**. Un olor dulce y pesado. Yo venía con el tazón de café negro caliente y me tembló la mano, el líquido se derramó y me quemé. Creo que grité. Sentía miedo. Un miedo que sobrepasaba mi dolor. **Don Mata**, lo llamé (aunque sabía que estaba muerto) **don Mata: óigame**. Estaba como paralizada frente a él, el café goteando de mi mano, la taza volcada sobre el piso, el muerto allí, mirando fijo al frente, con la boca abierta, sin expresar dolor, ni desconcierto. Muy tranquilo. No tan feliz. Yo observé la barba un poco crecida, y pensé que debía haberlo afeitado, aunque no sabía de esa cita. El rostro ya estaba muy pálido, casi verdoso (o quizá era el reflejo de la luz solar en la vegetación del patio). Yo estaba consciente de que en aquel cuerpo comenzaban a transmutarse los elementos. Me senté frente a él, y me quedé mirándolo, como atontada: ¿por qué no morí yo con él? ¿el hecho de que le sobreviviera, que parece natural, implica necesariamente una deserción? Después de todo, siempre hay alguien que sobrevive. No sé cuánto tiempo estuve así. Cuando recuperé el uso de mis sensaciones, ya caía la tarde, y una luz matizada de grises inundaba el cuartico. Por los intersticios del techo se veían un cielo brillante y esmaltado. Inaccesible. En alguna parte, comenzaban a aparecer estrellas. ¿Cuánto tiempo más podría guardar esa muerte en secreto? ¿por qué hacerlo? Sólo allí: en el borde del abismo de la vida, podía confesármelo: el don me había provisto de pertenencia, y ahora, al desaparecer, yo... Me ardían los ojos. Un rumor oscuro y sordo me atormentaba dentro de la cabeza. Me sentía febril y con náuseas. Miré al don. Lo toqué y estaba duro, tenso y frío. Sentí los movimientos de la casa. La realidad. La historia. Todo me inducía a la renunciación, y entonces fui a avisar a mi tía Leticia.

Isabel ya había llegado. Se levantó de un salto y casi corrió hacia el cuarto del don. Lo miró. Lo tocó. Lo sacudió con fuerza, y se le salían las lágrimas sin querer. Creo que nunca comprenderé a Isabel. Me mandó a buscar unas cuerdas de nylon que había en el armario de la cocina y amarró el cadáver. Con dificultad, le amarró las manos, lo enredó en las cuerdas y le amarró los pies. Yo estaba asustada, y mi tía Leticia intentaba detenerla.

Pero ella lloraba y seguía atándolo. Los niños estaban llorando casi a gritos. Todo el mundo lloraba y gritaba, y era un desastre.

Entonces vino la señora Luisa, la vecina de al lado, y puso orden. Desamarró el cadáver, llamó al hospital, a la policía, y calmó los ánimos. Poco a poco todos nos fuimos tranquilizando: las cosas se arreglaron: Isabel y Delvalle, su amiga, consiguieron los papeles de defunción y en la noche llegaron los de la Funeraria con el ataúd y treinta sillas de metal pintadas de negro brillante. Era un ataúd barato, hecho de latas pintadas que simulaban la madera. La tía Leticia, Isabel, Vallita y doña Luisa, vistieron el cadáver, le dieron un cierto aire de decencia. El don parecía dormido en el ataúd, con los ojos cerrados, el rostro indiferente y la boca entreabierta. Vinieron los vecinos y hubo que servirles café y té. Isabel mandó a comprar bocadillos en la panadería, y queso. El olor del café me recordaba al don. Los niños iban y venían tras de mí, preguntando qué había pasado. La tía Leticia se encerró en su cuarto. Quizá con pena.

Tuve miedo y no le cerré los ojos. No lo limpié. No lo vestí. Permití que *ellas* mancillaran su cuerpo. No sé si pueda perdonármelo. Al siguiente día, lo llevamos a enterrar. Un cortejo escuálido. El sol de la tarde reverberaba en los carros, que andaban lentamente. Fuimos a la capilla, donde un sacerdote habló, casi automáticamente, sobre la esperanza de la resurrección, oró por el perdón de los pecados del difunto y desgajó una retórica mercenaria en diez minutos.

Y de allí, al cementerio, donde dos hombres esperaban ante una fosa abierta y recubierta de bloques. En ella colocaron el ataúd y le pusieron como tapa dos planchas de zinc viejo sobre las que vertieron paletadas de cemento. En el cemento fresco, Isabel escribió con un gancho de pelo:

Francisco Mata Shelley
(4 de Octubre de 1899-16 de junio de 1985/ QEPD).

Y llegó el silencio. El peso de las horas muertas.

¿Qué estoy haciendo yo aquí?

¿Qué maldición cayó sobre esta casa? La sangre se desperdigó. La estirpe se volvió sal y agua. Los hijos andan vagando por el mundo. Extraños sepultan a sus padres. ¿Quién queda vivo de este nombre, de esta familia? ¿Quién puede vivir sin reconocerse en el

pasado? ¿Quién existe sin reflejarse en las fotografías y las memorias que se resguardan en los cofres familiares? ¿Quién vive?

La casa se cae. Y nadie recoge sus escombros.

EL ARTE DE ENMASCARARSE

*En lo BLANCO, un punto blanco/
El perfil que aparece al descorrer el velo/*

*Yo me llamaba Jorge Francisco Antonio de la Santísima Trinidad
Mata Shelley/ Nací con apellidos y nombres sonoros, decentes y honrados/ Nací
en una casa alta, hecha de ladrillos cocidos con fuego, hecha con maderas duras/*

*Yo debía ser el continuador de la estirpe/ Mamá me llamaba Frankie
y papá padre torcía la boca/ No tuve tiempo de enterarme de por qué papá padre
torcía la boca cuando mamá me llamaba Frankie/*

*La calle donde viví se llamaba Garcí González/ Por ella, recto, se
llegaba al puerto/ Siempre había allí una muchedumbre de marineros,
cargadores, buhoneros, personas de la aventura y muchachas en flor: gente que
iba y venía/ Todo era bullicioso y lleno de luz entonces/*

Luego, me fui a otra ciudad, que nunca llegó a contenerme/

*Y luego a otra, que sólo pudo devorarme/ Nunca volví a ver la calle
de mi infancia/*

Sueño.

Sueño.

Sueño.

Sueño.

Sueño.

Sueño.

Sueño.

Sueño.

Sueño.

Acaso no.

Acaso sólo estoy

LOCO

Pero no quiero despertar

Tengo miedo

*Dios mío:
¿estoy despertando?*

Hago la prueba del dolor/

Lo mismo que un médico, para saber si un cuerpo está muerto, pincha sus carnes, así pincho yo mi memoria/

Quizá el dolor no muera con nosotros/ La reivindicación de la Idea Dolorosa del Paraíso: ¿cuál Paraíso? ¿ese espacio intravental que nos contuvo? y ese espacio ¿fue comprendido? porque si no lo fue, entonces fue sólo un saco que tragó nuestra ser certeza/ no hay Paraíso (ni Infierno) posible sin consciencia del individuo: sin asunción total, exacta y puntual de las cuotas por vivir/

tengo razones para pensarlo así/ Ahora puedo vencer mis sentimientos con la mente/ Vencí el amor/ Venceré el miedo/ Venceré la nostalgia/ Esa es la última puerta/ Después, el cielo se abrirá/ Y llegará el Paraíso, que también podré vencer ¿qué duda cabe?/

*Isabel llega, haciendo resonar los tacones/ Abre la nevera/ ¿A qué no saben a
quién vi en el centro hoy?/ Voces en el otro cuarto/ Amigas de Isabel/ El niño
llora/ Todo el mundo habla/ Conversaciones que se cruzan/ Leticia comenta
que llegó el folleto de oferta de lotes en el cementerio/ Jardín del Sur/ Sería
bueno, dice porque nunca se sabe/ Ah, sí (dice una amiguita) el loco de mi
suegro se murió de repente porque creyó haberse ganado un cuadro único en el 5
y 6*

Pero en medio de todo tuvo suerte: siempre decía que cada vez que
pensaba en un número de lotería y lo jugaba, salía el número siguiente... Ese día
se jugó en terminales el último número de la placa de su carro, y le sumó 1... Era
86 ($86 + 1 = 87$)/ Ganó/ Por lo menos sirvió para pagar los gastos de la
funeraria

/ Hablan así por mí/

Lo sé/

*No es sólo mi vanidad/ ¿qué desean?/ más no puedo pagar/ no
puedo ser más despojado/ incluso aquellos que recibieron mis dádivas, hoy
quieren arrancarme el 30% de todo cuanto gane/ a los tramposos los recuerdo
con nombre y apellidos: ¿son todos ellos hijos del Briceño que engañó a mi
madre? La engañó tan bien que ella murió bendiciéndolo, pero yo...*

la risa de esas mujeres, allá afuera, es la risa de los vencedores/

*no siento lástima por ellas/ dejarán caer sus baldes de suciedad
sobre los muertos, en defensa de los héroes vivos/*

parásitos/

yo, desde luego, he depuesto casi todas mis armas/

*Si no hubo un principio ni habrá un término
si nos aguarda una suma
de días y de noches
ya somos el pasado*

El Paraíso:

*Están ahora tan distantes de mis manos tendidas
las estrellas
oh, Capitán/*

*No he muerto como mis hijos/ que fueron capitanes de batalla/ y a
los que no enterraré/ Pero a lo largo de las noches he labrado el cantar de las dos
guerras y de la exultación: ¿qué digo? ¿Homero?/*

No: el Otro Ciego/

*Tiemblan las estructuras del templo, como cuando Jesús El Cristo
blasfemó en Jerusalem/ Al fin de los quebrantados convenios y de las mentirosas
palabras, hemos accedido a...*

*Mío es el mar/ Se pueden perder los laberintos y los árboles constelados y las
lunas de los espejos, mas el mar, no: no se perderá/*

*Y, sin embargo, está tan lejano/
tan cerrada la noche/
esa lágrima que ahora deja su surco en mi mejilla nunca
nunca
será una ola/*

MATA EL CARACOL

Tú y otros seres que brotan de todas partes y tienen nombres (propios, inventados), una vida (propia, inventada), comparten tu espacio (propio, inventado). Tú, padre, convives con ellos, esquivando los ramalazos de la locura.

Ateroesclerosis cerebral = Demencia senil, dijo el médico.

¿Es hereditaria esa enfermedad?

¿Estamos condenados a compartir la locura?

Me asomo al escenario y descubro que yo también actué en esa obra. Me abrumba la claridad conque me llegan los pensamientos de la muerte

y la vejez

que es sólo

hundirse

irse hundiendo

en un sillón

de mimbre

solo

con

los recuerdos

*A veces, veo las sombras a mi alrededor, y no sé, padre, si son seres que están allí, que observan lo que hacemos y nos acompañan. En las tardes solitarias, rodeada de la luz dorada que se refleja con tonos verdosos en las paredes pintadas de blanco, pienso en tí y en esas sombras: no hay una sola de las cosas perdidas que no se proyecte sobre lo que somos, sobre lo que hacemos y haremos mañana. No sé si todavía **eres alguien**. No sé si estás oyéndome, aunque presiento que en algún lugar, alguna resonancia... Un niño. Un pájaro. La muerte es ese pájaro fieramente neutral. Tantas mañanas y noches. Me pregunto: ¿existen los ángeles?*

Reflexiones sobre Betty

En ninguna ocasión estuvo suficientemente preparada. Ni siquiera eso puede reprochársele, porque ¿acaso tuvo tiempo de prepararse para esa vida que, en forma tan dolorosa, exige estar listo a cada instante?

Y aunque lo hubiera tenido ¿cómo prepararse sin conocer bien el problema a que se quería atender? Vale decir: ¿es realmente posible superar una prueba impuesta, no prevista como forma de vida real desde el principio? Por eso, esa vida tuvo que haberla destrozado.

Es posible que se hubiera resignado a la prisión. Terminar como prisionera es, habitualmente, el objetivo de la vida de toda mujer. Pero su prisión era una jaula y no una celda. A través de las rejas, el ruido del mundo, indiferente e imperioso, fluía hacia ella. En cierto modo, era libre: Podía tomar parte de todo, nada de lo que sucedía fuera se le escapaba, hasta hubiera podido abandonar la jaula. No obstante, tenía la impresión de que por el solo hecho de vivir en esa circunstancia, se le obstruían todos los caminos. Y luego deducía que esa obstrucción era parte de algún designio divino.

*Se sentía limitada en ese espacio. La abrumaban la vergüenza, la debilidad, las alucinaciones. No tenía consuelo. Y todo eso le permitía autocondolerse, y autoalabarse por el martirio escogido (o aceptado). Pero si se le hubiera preguntado por qué estaba haciendo eso, en realidad, no hubiera sabido responder. Porque no tenía un **argumento**.*

*Por una parte, veía algo inimaginable sin cierto bienestar: algo seguro, lleno de vida y serenidad: la contemplación del Paraíso. Las posibilidades paradisíacas que se le presentaban eran infinitas. Necesitaba un lugar: hasta una cucaracha necesita un lugar para instalarse. Pero, entretanto, ella **imaginaba** y, como en la imaginación no necesitaba espacio, vivía sin la menor grieta. Sabía que no bastaba y que alguna vez habría de ser llamada a pedir cuentas. Sin pronunciar una palabra, ella se autoexiliaba de la vida con el objeto de reflexionar acerca de cuáles serían sus respuestas.*

Algo parecido he vivido yo. Hace muchos años, sentada en la ladera de una colina cerca de Teotihuacan, analicé mis deseos. Me parecía entonces atrayente la posibilidad de encontrar una concepción de la vida que interpretara adecuadamente sus altibajos, pero en la cual tuviera cabida la posibilidad del sueño. Era algo como el deseo de ensamblar

una mesa a la perfección (deseo que siempre tuve, en realidad, pero que nunca llevé a cabo), de acuerdo con las reglas, en tal forma que no se pudiese decir que no me había costado trabajos, por todo lo cual el martillar y el encolar se tornara el más audaz de los gestos, el más decidido.

Pero claro que ese deseo no era deseo, sino una defensa, una admisión de NADA, un aliento de la vitalidad que yo hubiera querido dar a la NADA, y de la que no estaba absolutamente consciente.

En realidad, me despedía del mundo ilusorio de mi juventud (aunque reconozco que ni aun entonces me engañé del todo) y me probaba a mí misma. Era la única demostración posible. La reflexión sobre el Yo, donde los otros adversarios pueden ser derrotados enseguida. Nadie puede rebatir el pensamiento sobre el Yo. Eso es lo peligroso de esa tendencia, pues las relaciones humanas se basan en los temas rebatibles.

En el caso de Betty, ella no vivió su existencia personal sino a través del reflejo del Yo de otros, por lo que su esencia era básicamente rebatible. Vivía y pensaba bajo la presión e impresión de una familia para la cual ella constituía una necesidad. Hace tiempo que esa familia había venido deshaciéndose. No conservaba ya su función. Los miembros habían olvidado sus roles en la sociedad. Y, precisamente debido a ese olvido, habían sobrevenido sobre ella la inseguridad, la inquietud, y cierta nostalgia de los tiempos pasados que Betty recogía en el presente. No vivía, pues, su existencia personal, ni pensaba en razón de su pensamiento, sino que llevaba una existencia colectiva, en virtud de alguna ley desconocida. Por esa ley y esa familia, se había empeñado en el cultivo de tantas historias.

La vieja culpa la poseía. Era la manifestación viva del pecado original, y también de la penitencia. No buscó consuelo en otros. Mas no porque no lo quisiera, sino porque en los otros veía sólo la parte que le mostraba la propia mirada. Padecía, y sentía que todo el mundo padecía en soledad (¿por qué ella no?) Si Robinson Crusoe, por consolarse, o por tristeza, temor o ignorancia, no hubiera abandonado nunca el punto más alto de la Isla, pronto habría muerto. Pero como, sin preocuparse de los barcos que podrían rescatarlo, comenzó a explorar su territorio donado, y a descubrirlo, sobrevivió, y finalmente pudo salir de la Isla, como una consecuencia necesaria.

Por lo demás, hizo virtud de sus debilidades. En primer lugar, porque todos a su alrededor lo hacían. Y, en segundo lugar, porque quería hacerlo. Como todos, ya dije. Por

lo demás, yo lo hago con ella. Le adjudico parte de mi alma. Todo es permitido, menos olvidarse del sí mismo.

Ahora bien: toda la obra de Betty se hizo para una posteridad posible. No se trataba de que era una virtuosa practicante de la caridad: no olvidemos que toda virtud es individual. Lo que se hace valer como virtudes sociales: el amor, el desinterés, la justicia, el espíritu de sacrificio, la fe, son tan solo vicios sociales rebajados. La verdadera índole de los actos se revela post-mortem. Sólo en ese instante, el hombre es grande. Mientras tanto, los actos son sólo manifestaciones de la vida en busca de la eternidad (esa falacia): la vida es negación: negación-afirmativa.

Betty quizá comprendió todo esto. Mantuvo una vigilancia sobre el conjunto. No fue valerosa. Tampoco cobarde. Cierta pesadez le impidió levantarse. La sensación de estar protegida en ese lecho donde yacía, y que le pertenecía exclusivamente, y esa agitación del temor a la muerte y el ansia de derrotarla, constituyeron sus motivaciones básicas. Luchó contra dos enemigos tenaces: el primero la amenazaba desde atrás, desde el origen. El segundo, le cerraba el camino hacia adelante. Luchó con ambos. En realidad, el primero la apoyó en su lucha contra el segundo, y el segundo, en las batallas contra el primero, por lo que casi no podía moverse del centro de las luchas. Soñó con un momento de descuido - y para ello hizo falta una noche inimaginablemente oscura- para zafar la línea de combate y escapar por encima de los combatientes, quizá como árbitro.

MATA EL CARACOL

¿Cuándo dejaré de buscar la casa inencontrable
donde respira esa flor de lava
donde nacen las tormentas?

Siempre tuviste miedo, padre, de la anciana pordiosera que se sentaba a la puerta de la iglesia de San Juan Bautista. De sus ojos penetrantes de ave de rapiña, de sus manos engarfiadas por la artritis. Siempre nos contabas cosas sobre ella, con un soterrado estremecimiento que no dejábamos de percibir. Tengo la imagen de la mujer: la cabeza cubierta con un manto negro, quieta, sin pedir, sin decir nada. Sólo mirando. Las palomas picoteando a su alrededor, aceptándola como parte del paisaje.

Por la plaza pasaba mucha gente: había heladeros, vendedores de globos de colores, de dulces, palomitas de maíz, de refrescos, que empujaban con sus bicicletas las enormes vitrinas donde exhibían la mercancía, protegiéndola a la vez del polvo y de los insectos. Había también limpiabotas y escolares con sus guardapolvos immaculados, y señores muy serios que iban rumbo a sus asuntos, y señoras con grandes cestas llenas de los productos del mercado, o que entraban a la iglesia, envueltas en sus mantillas de encaje.

Era una plaza grande, pavimentada con adoquines rústicos. En el centro había una especie de monolito, elevado sobre un pedestal. Alguna vez, ese monolito había sido una cruz, pero se le cayeron los brazos en un temblor de tierra y nunca se preocuparon de restaurarla. Al lado de la iglesia, que era muy hermosa, con sus bloques labrados y sus tres naves decoradas con murales e imágenes de madera sobredorada, quedaba el cementerio, que era como un jardín con muros blancos y rejas forjadas en delicado estilo. En el cementerio había cruces y ángeles y personajes en posiciones de oración y duelo, todos hechos de mármol. Y había numerosos arcos de trinitarias y paseos de jacarandas, alelíos, hibiscos, malabares y rosales, amorosamente cuidados.

Una vez al añogar al final/

Bajo mis pies hay arena: MI PADRE aparece y dice:

-Estoy en un ataúd/ Pulcramente vestido me metieron/y luego:

*mis entrañas estallaron
se abrió un hueco en mi abdomen
mis conductos se convirtieron en cloacas
por donde corría
un líquido hediondo y parduzco
La Muerte
se cebó en mí
su avance espantoso de insectos voracísimos
organismos micrométricos devorándome
en las fosas nasales
en los intersticios de los dientes
bajo las uñas en los oídos
se ocultaban los enemigos
vivían en mí
y murieron en mí y me convertí en espejo verde
y luego en río de sustancias
derramándome
ajeno a lo que había aquí arriba*

/Padre, oh, Padre:

*debo tener conciencia de un mar perpendicular/ He empezado a morir/ Porque ahora, no
hay salida/ Lo sé/ La Noche/*

o florid heraldries

stonily boasting the pride of dead hidalgos/

¿escudos floridos

muestran el orgullo de nuestros antepasados?/

¿Sí o NO?

*Quisiera reconocer en esta escritura que no me pertenece cuál es la forma del alejamiento/ El
alejamiento no es una simple negación a la cercanía, sino el espacio en que se construye el sentido
de la **metáfora**/ La reflexión (dicen) es el polo opuesto de la metáfora: de la poesía, quizá/
Curiosamente, quizá sea la reflexión la única manera de cristalizar directamente la existencia/
Pero, para hacerlo, se debe salvar el instante, entregándolo al valor/ Así, el instante se diluye, se
pierde, se convierte en sombra/*

cuarta epístola de eloísa

Roberto Mariscal/México

Roberto:

Junto con esta carta te estoy enviando el paquete con las fotocopias del texto. Título y todo es lo que corresponde. Posiblemente te parezca algo muy extraño. ¿Como clasificarlo, en realidad? Quiero que lo leas, opines, y me guardes las opiniones, por escrito, si es posible, de tu impresión. Hoy es 22 de mayo. Estoy en una clínica. Bien. Aire acondicionado. El hígado y el bazo inflamados. Paludismo. Pero dicen algo de fibrinas y no sé qué. Tengo fiebre y náuseas y mareos y dolores de cabeza. También un persistente dolor abdominal. No muy fuerte. Sólo tenaz y fastidioso.

Yo espero que no se hayan preocupado excesivamente cuando no me fui en la fecha determinada, pero ya estaba enferma. Pasé dos o tres días (no sé) en una hamaca. Sin comer. Sólo bebía agua. No quería molestar a nadie. Las cucarachas caminaban con sus pasos horribles sobre los papeles. Estaba grave de taedium vitae, además. "Parece absurdo, leí en una carta de Leopardi, pero es verdad, que el hombre más expuesto a caer en la insensibilidad es el hombre sensible, lleno de entusiasmo y actividad interior". Frente a tal experiencia, me sentí dignificada. La fiebre me hacía sentir mucho frío y no podía levantarme a apagar el acondicionador de aire. Temblaba, pues, sintiendo la helidez penetrar por los intersticios de la trama. Vomité también. Vomité al pie de la hamaca, y tapé con periódicos el vómito. Repugnante. Para completar el cuadro, me vino la menstruación y todo eso me hacía sentir aún más sucia. El típico dolor de cabeza neurálgico me abrumaba el lado izquierdo. Se me inflamaron las encías. Creo que sangraron. Pero no divaguemos. Sara Márquez llegó, y entonces ella y su marido decidieron que lo sensato era trasladarme a un centro de estos. Muy aséptico. Estoy bien ahora.

Los médicos dicen que pude haber muerto. Fue emocionante. En medio de la fiebre, vi a los celestiales. Son como unas esferas de puntos luminosos. Flotantes. La energía es así. OK. Estoy cansada. El teléfono de este lugar es 354678 (083) Llámame en cuanto puedas, te quiero,

Eloísa//

PD.: Releo la carta y descubro los errores que cometí al pasarla. No la repasaré, pero quiero que te fijas en esos errores, que son parte de mi vida.

MATA EL CARACOL

La prisión del fuego

(Escritos de la fiebre)

Y ahora, padre, que no queda tiempo, y tan solo hay esta sensación de finales próximos, el problema es el tiempo. Me siento como uno de esos individuos que avanzan penosamente hacia el altar de una iglesia para cumplir una promesa. Avanzan de rodillas, arrastrándose, sintiendo el dolor que sube por el fémur, se abre en la cadera, asciende por la columna vertebral y se asienta en lo alto del cráneo. Avanzan con terrible laboriosidad. Avanzan con una mirada febril, conscientes de la fragilidad de su cuerpo, de las infames torturas a las que lo están sometiendo, pero inconscientes quizá de la indiferencia (o el horror) de una divinidad que no pidió ese sacrificio, que quizá reniega de él. Inconscientes de la mueca sardónica de los espectadores celestes, que razonan sobre lo insignificante del sacrificio: ¿qué puede ofrecer un hombre, miserable cuerpo, miserable alma: apenas gota de agua en el océano, apenas grano de arena en el mar?

¿Y yo? ¿Qué ofrezco yo?

En un principio, se trataba solamente de construir un drama para satisfacción de los fantasmas, para el rescate simplísimo de unos datos, para aliviar los remordimientos soterrados, las culpabilidades secretas, para realizar un acto de contricción por pecados cometidos, o quizá para la diversión de un espíritu que deseó armar su rompecabezas familiar, o para abrir una boca al tumor de corazón que me atormentaba hace tiempo: cápsulas de tetraciclina para combatir viejas infecciones ¿entiendes? Así se construyó todo este tramado de hilos de colores: cuatro direcciones que discurren sin simetría y forman figuras, volúmenes, planos, secuencias.

Pero en algún momento del juego entendí que el tiempo es irrevocable. El tiempo, como el río, erosiona. Todo gira en torno a su centro helicoidal (no esférico) y no hay posibilidad de escapar a sus designios: hay posibilidades de desviarse, de salirse del programa parcial y (o) momentáneamente, sin que por eso el decurso (el discurso) se interrumpa, sino que él continúa formándose por acumulación de los instantes puntuales e inexactos que aportamos, metamorfoseando lo exterior y lo interior: transmutándolo. Y eso obliga, padre, a efectuar actos cotidianos de enmascaramiento y desenmascaramiento. En un gran cofre se guardan los disfraces del día, los antifaces y las máscaras. Al final del

friso que protagonizamos está, obviamente, el rostro verdadero: la calavera descarnada, sin que por su aparición desaparezcan las imágenes acumuladas que creamos o nos impusieron.

La primera interrogante surge de la naturaleza esencial de esa transmutación: ¿anamorfosis, imagen, metáfora, metamorfosis, teleología?

Fracaso, padre, en este juego. Pierdo.

Porque ni puedo darle un final al drama: un desenlace. Ni puedo provocar las catástrofes que conviertan la historia en. No hay sangre derramada por puñales llenos de pasión. No hay inundaciones gigantescas y avasalladoras. Ni sismos. Ni huracanes. Sólo el lento consumirse de todo, cuyo fin quizá no veré.

Por supuesto, tampoco podemos reencontrarnos y abrazarnos: reconocernos: salvar la estirpe. Eso nos exime de la tentación de lo telenovelesco: reencuentro padre-hija, reconciliación, exaltación del llanto, explosión de sentimientos: lo que llega al corazón de las mujeres.

O quizá sí nos re-encontraremos cuando hayamos perdido las memorias de nuestros des-encuentros: nos reuniremos, para separarnos y reunirnos de nuevo, allí donde se reúnen los hombres: en los labios de los vivientes.

Como ves, no puedo descartar ningún final, porque seguimos siendo pasajeros. La historia debe quedar, pues, sin desenlace, abierta hacia lo ignoto, como el extremo de una línea en espiral:

Pero quizá sí hay final. Sucede que de aquella que fui, aquella muchacha aguerrida, sólo queda esta mujer endeble y febril que duda en cada encrucijada y es incapaz de solucionar por sí sola los impasses.

Fui capaz de optar por el vagabundeo en busca de mi estirpe. No me arranqué los ojos. No llegué al extremo sublime. Rehuí la cólera de las moscas y las erinnias. Y por eso, sólo puedo mirarte desde lejos, aun hoy, padre. Porque somos tan distintos:

tú estuviste en esta habitación, que yo quiero compartir contigo y no puedo. A todos les pareció conveniente construir un lugar donde tus interminables historias, tus gritos de miedo, tus reclamos, tus alucinaciones y tus espectros, no los tocaran. Todos temían verse

reflejados en el espejo de tus pesadillas. Todos deseaban olvidar tu voz: el recordatorio de su vigente condena.

Y, aun así, escatimaron los gastos y resultó una celda de 4 x 3 adosada a la construcción original, comunicada con una puerta de madera sin pulir que se atrancaba desde la casa, y otra puerta que da al patio, hacia la maravilla de los guayabos.

La habitación no tiene ventanas, sino una media pared de bloques de ventilación. Algunas veces debiste sentir frío. Es una ventana de bloques por donde podías sentir la brisa, el sereno, quizá la humedad, y presentir el firmamento. Yo la cubrí con cortinas, abrí en el techo un tragaluz que derrama un tono ocre sobre todos los objetos, y obvié la cualidad terrible de esas aberturas desnudas. El friso de los muros es rústico, igual que el piso, atravesado por una especie de canal de desagüe que servía en otros tiempos para facilitar la limpieza.

Al parecer, las paredes eran blanqueadas con cal con alguna frecuencia, pero sin que tuvieran el cuidado de lijarlas para eliminar los restos de comida, los insectos muertos, las salpicaduras de excremento.

Aquí estaba la cama de metal donde dormías, enfrentada al armario. Al lado de la cama, había una mesita de noche con gavetas donde aún quedaban, cuando yo llegué, frascos con restos de aceite alcanforado y jarabe para la tos.

El armario ocupa casi todo el espacio del cuarto. Es un armario de caoba que tiene tres cuerpos: las puertas tienen cerraduras labradas en metal sobredorado y las agarraderas están completas y sólidas. En la puerta del centro hubo alguna vez un espejo, y el vacío se ve como un ojo cegado. Entre el armario y la pared, guardaban las herramientas de jardinería. Había también una vieja silla de mimbre donde Betty, quizá, te llevaba a tomar el sol de cuando en cuando.

[¿Para qué te cuento? ¿Qué importancia tiene a estas alturas? No lo sé. Tampoco sé mucho de ti. Por ejemplo: ¿cuál era la felicidad que deseabas? Seguramente no fue la vida que viviste. En tus sueños siempre aparece el mar como un inmenso animal móvil. Los gritos de las aves marinas cortan el aire dibujado de mástiles. Tu hermano y tú regresan al pueblo de la infancia, vestidos ambos de marineros. Y tu casa está intacta. Vuelven aureolados de cien viajes, cien peleas, cien amores de puerto y adiós. Las muchachas les salen al paso con ramos de claveles en las manos. Tus hermanas vienen entre ellas, felices y hermosas, con hijos correteando alrededor, y guapos mozos por maridos. Es cierto: murió don Francisco Mata y Mata, señor de El

Cojo y Galipán, y murió también su viuda, doña Elizabeth Shelley de Mata. Pero allí están los muros de su casa y sus hijos se multiplican sobre la faz de la tierra. Eso soñabas].

Siento pasión por las especulaciones y las preguntas. Desciendo de los guardianes de la Esfinge. El pensamiento señorea todo a mi alrededor y me incapacita para actuar rápida y flexiblemente. Mi imaginación convierte todo en posibilidad. Soy testigo.

Y ahora me pregunto: ¿por qué razón estoy yo aquí?

El año del alma comienza con un paisaje crepuscular: el azul inesperado es siempre perfecto.

Papá:

voluntariamente te perdiste en la noche de Hölderlin. Yo también he sentido la tentación de explorar ese abismo. No pudiste soportar por más tiempo el fracaso de tus sueños, aun de los que no tuviste. Pero tal vez sea posible conseguir una prórroga. Para eso estoy aquí. Para eso Betty me invocó

(pero ¿quién es Betty? ¿no tienes la sospecha de que usurpo alguna de las mujeres de esta historia: de que soy OTRA o la misma?):

para que diera carta de identidad a tus fantasmas y los introdujera en la historia familiar.

*Te rodean esos seres sin edad. Giran en espiral. Y yo te miro desde lejos, **porque** somos tan distintos. Tú anduviste solo y esperando, arrastrando valerosamente el fardo de tu tristeza y de tus pérdidas, sin quejarte, ni buscar ayuda. Quizá dudaste muchas veces.*

*Y ahora tus recuerdos y los míos **son los mismos**: ¿a quién se los dejaré cuando deba irme? ¿a quién le dejaré este puñado de cenizas, estos recuerdos secos, pulverizados y aromáticos como polvo de orégano?*

*Yo quise ser como una reina amazona en el mundo. Penthesilea. He viajado jurando no volver. Nunca quise escuchar los cantos de sirena de la nostalgia, o de esa entelequia que llaman **amor filial**. Y, sin embargo, me alimentaba de voces tan antiguas que el paso de las estaciones no las pudo destrozarse. Fui una mujer en busca de un camino, y si a veces me pregunté dónde hallaría camino mejor que la vereda que a ti me llevaba, sentí también que el tiempo había desgastado todo: lazos, faros indicadores, sendas de retorno, puentes, y que, a pesar de eso, estábamos cada vez más cerca: cerca el uno del otro, aun en la cima de montañas separadas.*

Me alimentaba de voces tan antiguas que las estaciones no fueron capaces de cancelarlas. Y luego, no, padre, no quise seguir. Me quité las perlas y los trajes de gala, y vine a encerrarme en TU CASA, para armar el rompecabezas de la historia familiar. Para enterrar nuestros muertos.

Recuerdo un día, cuando a mis hermanos y a mí nos sorprendió una lluvia repentina en el patio. Llovía torrencialmente bajo un sol luminoso, y corrimos bajo los guayabos y los cerezos y el tamarindo, y entramos corriendo por los pasillos pulcrísimos.

*Estábamos mojados, llenos de tierra húmeda, exudando el placer de todo lo viviente, yo sentía el cuerpo como algo vívido y diferente de mi propio ser. Desde el pasillo llegaban la música de la radio, y las voces de mamá e Isabel Rendón, nuestra niñera, reprendiéndonos, pero como con notas de felicidad. Esa imagen la conservo como la representación de la perfecta inocencia. Yo también tuve hermanos con los que luché y compartí. Y ellos también se fueron para no volver. En aquellos tiempos nadie hubiera podido creer que esta casa iba a deshacerse: ¿cuántas casas he(mos) perdido? ¿cuántas? ¿o es que jamás he(mos) tenido **una casa**?*

En el árbol luminoso la fruta luminosa se aferra todavía y su destello asusta: ¿dónde buscar flores durante la sequía? ¿dónde rescatar un espacio fresco y húmedo? están los muros de pie, mudos y en el aire rechinan las veletas.

Y te digo, te repito, padre, que todo este texto sólo fue en principio un juego, un ejercicio literario: el intento de construir un texto a partir de esa necesidad de hablar, de decirte, de que me escucharas, aunque aparentemente ya no tuviera sentido:

Quería que nos viéramos ambos enfrentados: como si fuésemos recíprocas imágenes en el espejo:

Quería indagar en esa desintegración lenta y fatal de nosotros mismos y el mundo que nos rodea, en busca de los orígenes, los gérmenes, los estímulos barrocos del propio desmoronamiento.

Y a veces siento que quizá no querías esto. Tal vez no soy digna de ti, ni del nombre que me diste. Sólo soy una pobre narcisista que se mira (o pretende mirarse) en las palabras que escribe y que tampoco sirven. Porque son meros fragmentos de algo que tal vez un día fue grandioso y callado, pero que hoy es grupo de escombros, nubes de polvo, trueno retumbante, y nada. No puedo reconstruir los muros del templo.

Un pájaro vuela alto, allá arriba. ¿Tú crees que yo pueda sobrevivir a la incertidumbre

*a la desilusión
a la inútil espera
a la impotencia
a la impostura?*

Aquí estoy, impotente ante la Nada, como si todo cuanto hubiera podido hacer o dejar de hacer, me condujera a este fin. Aquí termino. Más profundamente que mi miedo, me corroe y envenena la indiferencia de los celestiales hacia nosotros, sus creaturas. Siempre fracasamos en el intento de contraponer a su frialdad nuestra calidez. No hay misericordia. Inútilmente intentamos huir de sus designios. Inútilmente intentamos sustentar la eternidad, escapar de la muerte, del olvido.

Mi voluntad se resiente como un órgano mutilado. Conjugo el verbo deber (deudora infame, a mi juicio) cuando tú me enseñaste que era preciso pagar mis deudas. Y entonces me absorbe un vacío enorme. Tal vez debería llamar a las divinidades, suplicarles la piedad que necesitan las almas angustiadas porque deben atravesar el puente inevitable: el puente que cuelga sobre el terrible abismo. Mas no quiero orar. Oré en otro tiempo. Y nadie escuchó. Fingieron no escuchar. Los celestiales farsantes, cómplices de todo crimen. Callaron siempre. Me dejaron interpretar la vida como si estuviera hecha de señales a mí dirigidas por Alguien a quien le importaba mi destino. Y me dejaron actuar en base a esas interpretaciones, aunque estuvieran erradas. A menudo creí escuchar su risa. La risa divina que sólo Mozart pudo reproducir hermosamente. Y quizá Shakespeare en sus pesadillas de verano.

*Entonces, como surgido de la nada, en el umbral de este infernal laberinto, distante sólo unas brazas, aparece **el primer navío**, que pasa, deslizándose silencioso y fantasmal.*

Barco fantasma

Es el movimiento del agua lo que hay que seguir. El movimiento del agua como certeza eterna. El movimiento. La voluntad desea y aparece como un agujero que no puede ser colmado sino con la posesión. La voluntad no es la ausencia. Apertura a lo OTRO. Necesidad: proceso abierto como motor y significación: ¿acaso por la voluntad (ese vacío) no comprobamos que la grandeza del hombre sólo es visible en su miseria?

Alguna vez, en algún tiempo, en algún espacio, el hombre tuvo una verdadera felicidad de la que ahora no queda más que la huella a punto de ser borrada por la erosión: el vacío que intenta llenar con cuanto lo rodea, buscando en lo ausente el auxilio que no encuentra en lo presente.

*Curiosamente, la fiebre me provee de una lucidez implacable. Que somos alimento para los gusanos, eso lo sé. Que somos frágiles depositarios de verdades contradictorias, hoy apariencia de belleza y mañana cloaca, canal de podredumbre, eso lo sé. Y, no obstante, combatimos por nuestra cuota de permanencia. Combatimos contra los celestiales. Y ellos musitan a nuestro oído: **Es vano: no estás más que en el umbral de la sombra: te llenas de orgullo y de conocimientos, y olvidas que Dios creó al hombre desnudo y sólo cuando está desnudo puede ser dueño de las cosas.***

Me aferro, padre, a la creencia de que la historia nos proveerá de la certeza y la felicidad eterna.

Vana fe, sin duda. Los adversarios conocen estas declaraciones severas de creencias en lo que perdura y lo que se escribe, y sustentan sus ironías en los hechos verticales de las circunstancias presentes. Mas lo presente ¿existe? ¿Dios existe? Quizá no: quizá sólo existe La Historia de Dios.

Se acerca, desde el horizonte el segundo navío.

*Ahora comienza el verdadero viaje. Llueve. La vida va desapareciendo mientras esta lluvia, la primera después de un largo y agobiador verano, penetra suavemente la tierra, sacude las hojas de las plantas, exacerba el olor de los mangos y los guayabos y los tamarindos y a nosotros nos provoca el deseo de cantar el Ofertorio de la Misa: **Te presentamos el vino y el pan/ Bendito seas por siempre, Señor/ bendito seas, Señor, por esta vida que nos diste/ fruto de la tierra y del trabajo de los hombres...** Pero no. El reloj señala indefectible, indetenible, la cercanía de la hora del ocaso. El río, allá afuera, también recibe la lluvia. Es un cuerpo plateado bajo la luz que desfallece. Hoy no hay escandalosos crepúsculos solares, ni aves que pasan disciplinadamente hacia hogares previsibles. Es el día y la hora. Un silencio grande cae como si fuera polvo sobre las cosas. Ahora me doy cuenta, padre, de que ésta es una ciudad triste. Una ciudad que se encierra en sí misma, pero desconoce ya el lenguaje de las divinidades y ha perdido el ímpetu de la oración. Quizá en otro tiempo fue una ciudad mística, y sus palacios de piedra, edificados sobre raros signos, atestiguan una grandeza mayor de la que recoge la historia. Pero hoy ¿qué maldición cayó sobre ella y la convirtió en ruina y desecho? Leí en una antigua carta, una carta que un soldado cronista dirigía a su rey: **Ni tú, con todo el poder que tienes, puedes volver el tiempo atrás, así que ¿de qué sirve ser rey?***

¿Y ahora?

En el horizonte aparece una mancha sombría.

Ahora se cumple el tiempo:

Tres navíos se hunden donde el sol se oculta.

*El viaje por el mar océano: por el mar tenebroso tiene aquí su remate y su cadencia: hay, al fin, una vuelta al hogar: periplo: reposo: finalidad: cumple ese viaje una perfecta y oculta **teleología**.*

Ciudad Bolívar, 1983

Coro, 1986

Ciudad de México, 1987

El Tigre, 1992

Barquisimeto, 2013